

Los viajes por España de Ciro Bayo y Segurola (1859-1939)*

El panorama biográfico de Ciro Bayo presenta un aspecto marcadamente itinerante y una gran soledad.

Joaquín de Entrambasaguas, de sus propios recuerdos dice: «...anciano, espigado, erguido, su rostro moreno, curtido por sus andanzas, y sus cabellos blancos, no muy abundantes, pero rizados y revueltos; sus ojos de corte achinado; su nariz pequeña, su boca grande y de labios finos y descoloridos»¹.

(*) Este artículo ofrece el texto de un capítulo de mi libro, aún inédito, *Los viajes por España de la Generación del 98*.

(1) Joaquín de Entrambasaguas, *Las mejores novelas contemporáneas*, tomo IV. Ed. Planeta, Barcelona, 1959. Pág. 3.

Nace Ciro Bayo en Madrid el 16 de abril de 1859 (fecha que da Manuel Cardenal de Iracheta, *Comentarios y recuerdos*. M. 1972. Pág. 192. Entrambasaguas da la fecha de 1860). Siendo niño se trasladaron sus padres a Barcelona, donde estudió el Bachillerato. Falleció su padre y vuelta a casar su madre, se fueron a vivir a Valencia. Sus padres querían que fuese médico, pero él despreciando o más bien detestando «toda disciplina académica» confiesa: «La verdad es que así me importaba hacerme abogado que médico o ingeniero, pues maldita la inclinación que sentía por ninguna de estas carreras de levita; las únicas que me tiraban era la de militar o de marino (...) como para ser una de las dos cosas había que estudiar de firme y yo detestaba toda disciplina académica, lo natural fuera que se enfriaran mis entusiasmos y se me antojara luego ser obispo...» (*Con Dorregaray*. Págs 7-8). Se enroló en las luchas carlistas como alfonsino. Tenía quince años. Después ingresó con Dorregaray en Mosqueruela. El bando no importaba. Estuvo preso de los liberales en El Grao de Valencia y en el castillo de La Mola en Mahón. Se fue a La Habana con una compañía dramática. Vuelve a España y a los 20 años comienza la carrera de Derecho en Barcelona, que siguió en Madrid y que, según Entrambasaguas, concluyó en 1885, pero según investigaciones de Cardenal Iracheta, opinión recogida por Granjel, no llegó a terminar. Viajó por Francia, Alemania e Italia.

En el artículo *Maestros y amigos del 98*. *Ciro Bayo*² hace Granjel una semblanza bio-bibliográfica de *Ciro Bayo*. Esta y la de Entrambasaguas coinciden fundamentalmente en datos informativos. Ambas confirman mi opinión de que hechos y lugares concretos, a veces detalles y personajes de sus libros fueron vividos o son vivencias de recuerdos personales. La imaginación y lo autobiográfico forman en su obra un complejo compacto e inseparable. Frecuentemente desdobra personalidades de gentes que ha conocido y se desdobra a sí mismo. El tudesco Otto Eder, un alemán que lo acompañó en su viaje al Beni durante su estancia en América, es luego el tiroles Scherer de su libro *El peregrino entretenido*. El personaje llamado Pedro Mingote, de este mismo libro, es un desdoblamiento del autor. Podríamos abundar en más ejemplos que no vienen al tema.

De los estudios y semblanzas antes citados, de los recuerdos personales de Ricardo y Pío Baroja³, así como de las referencias de todos aquellos que le prestaron alguna atención: Ambruzzi, M. Cardenal, García Venero, Julio Caro Baroja y

En 1889 fue a la Argentina y allí permaneció tres años. En este país fue periodista y maestro sin título.

En 1892, con motivo del Centenario del Descubrimiento de América y de la Exposición de Chicago, imaginó una expedición ecuestre a este país. La puso en marcha y se quedó en el camino, en Tucumán. Volvió el sueño de Chicago y llegó a Sucre (Chuquisaca). Allí fundó un colegio de niños. Viajó por Chile. Pidió ir a Beni con una especie de cargo de Inspector de Primera Enseñanza, fundando escuelas por el territorio. Se transformó en empleado gomero de la barraca San Pablo, cerca del Río Madre de Dios. Hizo tres años de vida nómada hasta ver y recorrer los Andes peruanos.

En 1900 volvió a Madrid. Su *Lazarillo español* le valió el premio Fastenrath.

En 1927, a los sesenta y siete años, se refugió en el centro benéfico «Instituto Cervantes». Murió en soledad, en el Hospital de Madrid, el 4 de julio de 1939, a los ochenta años de vida generosa y solitaria.

(Sobre su muerte y los últimos años de su vida me parece interesante el artículo anónimo que transcribe Entrambasaguas (Ob. cit.) y que fue publicado en «La Estafeta Literaria», 1944. Págs. 18-21).

(2) «Cuadernos Hispanoamericanos». Febrero, 1967. Núm. 206. Págs. 201-218.

(3) «Don *Ciro Bayo* era un viejo hidalgo quijotesco, un poco absurdo y arbitrario (...) tenía tipo físico y espiritual de un hombre del s. XVII. Alto, flaco, esbelto. Como solitario, no necesitaba de nadie según él decía (...) Don *Ciro* tenía una guardillita misteriosa, en la cual no dejaba entrar a nadie, le costaba tres duros al mes. Don *Ciro* tenía una asistenta vieja para limpiar su rincón. La asistenta que vivía en la vecindad por entonces, se quedó sin casa; Don *Ciro* le buscó un piso. Este le costaba diez duros y los pagaba él. Así el señor tenía una guardillita de tres duros, y la criada un piso de diez». (P. Baroja, *Memorias*, t. VII O. C., pág. 847).

quizá alguno más, surge un hombre extraordinario, desarraigado y solo, de una soledad cósmica. No se sabe, y quizá no se sepa nunca, lo que fue buscando en el inquieto viaje de su existencia y aún está por desentrañar y por escribir esa maravillosa aventura que fue su vida⁴.

De su andadura se pueden deducir algunas de sus inclinaciones naturales: una atracción muy acusada hacia el individualismo y la experimentación. Posee sensibilidad hacia las Bellas Artes, pero carece de cierta formación académica. Es hombre sobrio, casto, de una innata elegancia. Católico, apostólico y romano a ultranza, lo manifiesta siempre que tiene ocasión. No tiene problemas religiosos, a diferencia de sus compañeros de generación, ni problemas políticos, a diferencia suya también, pero acusa una sensible conciencia social.

Como él mismo declara no tiene ninguna afición al estudio académico y sistematizado, se mueve únicamente por un ansia de conocimiento intelectual, libre y anárquico.

Viaja casi siempre a pie y mide en leguas las distancias. Al final de los tres viajes por España ha recorrido aproximadamente 3.000 kilómetros en cinco meses, lo que supone una media de 20 kilómetros por día.

De los hechos principales que condicionaron su vida habla en su primer libro viajero *Con Dorregaray*, donde irrumpe ya con ese deseo de libertad e independencia, para sí y para los demás, que rigió todas las etapas de su existencia.

C O N D O R R E G A R A Y⁵ 1875

UN LIBRO DE VIAJE Y MILICIA

A los quince años hace su primer viaje por mar, de Barcelona a Valencia. Era el año 1875. Su padraastro, D. Andrés Pe-

(4) Los datos más preciosos sobre ella los suministra el propio Ciro Bayo y están diseminados en todos sus libros viajeros por España y América.

(5) Ciro Bayo, *Con Dorregaray*. Ed. Pueyo. Madrid, 1912. Reeditado últimamente por Ediciones del Centro, Madrid, 1974.

relló le lleva a reunirse con su madre. Acababa de obtener el título de Bachiller en Barcelona. Hicieron el viaje por mar debido a que los carlistas habían cortado las líneas férreas. Confiesa que subió con gusto la escalerilla del «Raimundo Lulio».

Este viaje y su encuentro en el barco con el general Martínez Campos, son hechos notables en estos momentos en que Ciro Bayo comienza a vivir por sí mismo, y significaron todo a lo largo de su existencia, el principio de su voluntad y vocación, viaje y milicia que son en el fondo la misma cosa: aventura.

El pescozón que a modo de saludo le dio Martínez Campos dice que removió «su antigua afición a la milicia» (tenía como dije quince años) y le confirmó en su pensamiento de que «la mejor carrera para todo joven que no sea un gallina era la de las armas»⁶. Y ¡de qué manera exaltaría la imaginación del jovencito Ciro el ambiente marcial de España en aquella época!

La gestación y el plan del viaje tuvieron lugar a partir de una ilusión fallida. A espaldas de sus padres se alistó como oficial alfonsino. Cuando esto se hizo público anularon el despacho consiguiendo que se diera carpetazo a todo lo tramitado por él. Consecuencia de ello: huye de su casa e ingresa en las filas carlistas de la plaza militar de Mosqueruela, la más cercana a Valencia. Poco importaba el bando político. Su postura ideológica estaba muy clara: «Ya que no me dejaban ser oficial alfonsino, sería oficial carlista» (pág. 72).

Así comenzó su plan de viaje. Consulta el *Itinerario de Rozas*⁷ y vio que Mosqueruela estaba en la provincia de Teruel a 67 Kms. de Segorbe. Va de Valencia a Murviedro en tren. Sigue, un viaje ecuestre, lleno de peripecia viajera, hasta Can-

(6) Treinta y cinco años después, cuando escribe el viaje y reflexiona sobre los recuerdos dice: «Discurro ahora que a un chico como yo, lo que mejor le hubiera estado entonces, fuera empeñarle en un viaje de instrucción, según acostumbra los hijos de los ingleses ricos» (Ob. cit. págs. 7-8).

(7) Se refiere indudablemente Ciro Bayo a los Itinerarios Topográficos de las Capitanías Generales Militares que publicaron por el año 1860 Sandalio Sancha y Joaquín Rozas Campuzano. He obtenido este dato de las Fuentes para la geografía de la circulación en España: *Algunos libros sobre los caminos españoles de los siglos XVIII y XIX*, de Francisco Quirós Linares. Universidad de Oviedo. 1971.

tavieja, con parada en Segorbe. En esta plaza de Cantavieja comienza su acción como voluntario del ejército carlista, participando en la vida inútil y anodina de la milicia de guarnición, en tres incursiones militares, en una batalla y por fin en el sitio de la plaza, donde le hacen prisionero.

La acción itinerante se desenvuelve por las tierras del Maestrazgo, región integrada por las provincias de Valencia, Castellón, Teruel y Zaragoza.

El viaje propiamente dicho empieza en Murviedro y termina en Cantavieja. Lo hace a caballo. Le acompaña un pañero de Teruel que conoció en la Venta de Segorbe. El resto de los itinerarios son incursiones militares, y la salida al mar, el éxodo, en marcha de vencidos de Cantavieja a Mahón⁸.

En estos movimientos militares y en marchas forzadas, el camino se hace sin disfrutarlo, sin verlo generalmente: de

(8) La ordenación del camino seguido por Ciro Bayo es ésta:

Primer itin.: Valencia - Murviedro (antigua Sagunto) - El Grao de Murviedro - Segorbe - Montanejos - San Vicente (provincia de Teruel) - Río Linares - Castelvial - Mosqueruela - Altos de Mosqueruela - Cantavieja.

Segundo itin.: Cantavieja - Aliaga - Montalbán - Cariñena - Herrera de los Navarros - Villar de los Navarros - Sierra de Aliaga - Altos de Portal Rubio - Mezquita - Llanos de Aliaga - Aliaga - Cantavieja.

Tercer itin.: Cantavieja - Mirambel - Olocán - Bordón - Río Guadalope - Castellote - Bordón - Iglesuela del Cid - Cantavieja.

Cuarto itin.: Cantavieja - Casalcandra - Loma de Bart - Villafranca del Cid - Iglesuela - Cantavieja.

Quinto itin.: Cantavieja - Morella - Vinaroz - Mahón.

En el primer itinerario que alcanza el fin del viaje propiamente dicho emplea cinco jornadas (llamo jornada al camino recorrido sin descanso para dormir):

1.ª jornada: Valencia - Segorbe.

2.ª id : Segorbe - Montanejos.

3.ª id : Montanejos - San Vicente.

4.ª id : San Vicente - Mosqueruela.

5.ª id : Mosqueruela - Cantavieja.

El segundo itinerario es una incursión militar a Cariñena —desde Cantavieja—, y regreso, en marcha de infantería militar, a veces forzada, con escaramuzas, asaltos y batallas. Emplean en ella nueve jornadas:

1.ª jornada: Cantavieja - Aliaga.

2.ª id : Aliaga - Montalbán.

3.ª id : Montalbán - Cariñena - Herrera de los Navarros.

4.ª id : Herrera de los Navarros - Villar de los Navarros.

5.ª id : Villar de los Navarros - Mezquita.

6.ª id : Mezquita - Aliaga.

7.ª id : Aliaga - Camino de Cantavieja.

8.ª id : Siguen camino de Cantavieja.

9.ª id : Cantavieja.

En el tercer itinerario, incursión a Castellote y regreso, marcha militar con escaramuzas, emplean una jornada.

ahí la ausencia del paisaje. Es en el viaje previo a la milicia, donde se para en las posadas, hace conocimiento con tipos de la tierra, mantiene conversaciones, surge la anécdota, la historieta, la peripecia, etc. En el resto se vive más bien la milicia y estos mismos elementos del hombre y de la tierra quedan suplantados por el soldado y el campo de acción militar.

La cronología del viaje se deduce por las alusiones que a lo largo del libro hace a fechas y lugares⁹. Sale de Valencia una mañana de fines del mes de mayo y capitulan en Cantavieja el día 6 de julio.

El viaje Valencia - Cantavieja, correspondiente al primer itinerario, dura aproximadamente de ocho a diez días. La incursión militar a Cariñena dice que duró «un novenario», saliendo de Cantavieja el día 1 y regresando el día 9 de junio. La incursión a Castellote o tercer itinerario puede situarse en los últimos días de junio. La de Villafranca del Cid, cuarto itinerario, el 29 de junio. Finalmente, parte prisionero a Mahón el día 7 u 8 de julio. Mes y medio dura, pues, la acción itinerante de *Con Dorregaray, pudiendo situarla* casi con precisión del 20 de mayo al 8 de julio del año 1875.

El espectro itinerante se extiende por el Maestrazgo y alcanza las regiones de Cataluña, Valencia y Aragón y las provincias de Barcelona, Valencia, Castellón, Teruel y Zaragoza. Presenta una línea este-central, periférica, con incursión al interior. Tiene dos deslizamientos o rebases de la zona intensa: uno inicial, nordeste, Barcelona-Valencia, y otro marítimo, este, Vinaroz-Mahón, que se cruzan.

Hay un núcleo de frecuencia topográfica hacia el este con centro en Cantavieja, punto de partida de tres incursiones en cuña: a Cariñena, la más alejada, hacia el norte; a Castellote, y a Villafranca del Cid.

El cuarto itinerario es una salida de ayuda militar a Villafranca del Cid. Batalla y retirada. Emplean una jornada.

El quinto itinerario es un éxodo, en marcha de vencidos, se supone que a pie hasta Vinaroz. De allí hasta El Grao de Valencia, en el sollado de un barco. De allí a Mahón.

La longitud total de los itinerarios no pasa de las 150 leguas (750 kms.).

(9) Ob. cit. págs. 13,20, 84, 142, 197-215.



CIRCA 1840 con Dorregaray Itinerario de El Maestrazgo - 1875

Este espectro no presenta interferencia alguna con el de *El peregrino entretenido*, e interfiere sólo en un punto, Valencia, al de *Lazarillo español*.

Consta el libro de un brevísimo «Por vía de Prólogo» del mismo autor y de XX Capítulos, subdivididos en su mayoría en dos o tres episodios. Ni capítulos ni episodios llevan titulares. En su aspecto itinerante quedaría esquematizado de la siguiente manera:

- I — De Barcelona a Valencia
- II — En Valencia
- III — En Murviedro
- IV — Llegada a Segorbe
- V — Cantavieja
- VI — Principio de la milicia
- VII — El viajero sienta plaza
- VIII — A Cariñena
- IX — Cantavieja
- X — Cantavieja
- XI — Cantavieja
- XII — En la casa de Zurita
- XIII — » »
- XIV — Cantavieja
- XV — Castellote
- XVI — En el convento
- XVII — Vuelta a Cantavieja
- XVIII — Panorámica
- XIX — Villafranca
- XX — Cantavieja

En el gráfico de la pág. 377 en el que doy un simple esquema de los principales elementos constitutivos de los tres libros viajeros de Ciro Bayo, puede observarse su línea respecto de los otros dos. Los cuatro elementos últimos: posadas, tipos, diálogos y anécdotas —lo pintoresco—, representan aquí más de un cincuenta por ciento de la materia constructiva. Dentro de estos cuatro últimos elementos alcanzan a su vez la mayor dimensión los tipos y el diálogo. En tipos abundan los primeros planos. A un personaje sucede otro nuevo, sin interrupción y el ambiente es, a pesar de la tragedia de la guerra civil

de fondo, alegre y comunicativo, sin preocupación triunfalista ni política alguna.

El conocimiento de los personajes llega al lector por el procedimiento de hacerlos hablar, de ahí la abundancia del diálogo y de la anécdota.

Es un libro episódico y castizo. El individualismo, la anarquía, el contraste, el humor, la improvisación, el desprecio de valores tópicos (patria, rey) son reflejo del talante del autor¹⁰.

En el ritmo quebrado de su itinerario hay una verdadera marcha y contramarcha de «guerrilla» que afecta a su narrativa.

En todo momento predomina la acción: incursiones, marchas, asaltos y batallas son descritos prolijamente.

Multitud de personajes, tipos, lances y anécdotas van desfilando por el escenario guerrero de las tierras del Maestrazgo, cuyo paisaje, siempre en segundo plano, asoma de vez en cuando tras la acción o el personaje. No obstante se siente la tierra más de lo que se la ve, y el clima y el «habitat» condicionan con fuerza las situaciones.

La serie de personajes da al libro una dinámica más amplia que la de su propio movimiento andariego o cambio geográfico. Desfila todo un itinerario tipológico nacional de militares improvisados, marineros, vendedores ambulantes, aristócratas, rufianes, héroes anónimos y series etnológicas nacionales, abundando el tipo levantino-aragonés.

Las semblanzas tienen unos contornos muy marcados. El primer hombre se dibuja en las primeras páginas y es el general Martínez Campos. A partir de aquí el libro se abre continuamente al encuentro de personajes: los tres lobos de mar, tan insólitos como reales, Carreño (el patrón), Miguel y Justo (marineros), dan la imagen impresionante de todo el candor y la brutalidad de tres marineros levantinos; el pañero de Teruel, que conoce en la venta de Segorbe, hombre hecho a los caminos, lleno de sabidurías prácticas, que escudó y pro-

(10) Ob. cit. Págs. 16.

veyó la inexperiencia del joven e intrépido Ciro; el comandante Morinchón militar ilustrado, que en las treguas de la milicia traducía de primera mano *De bello gallico*; el capitán Gouvion, francés «pur sang», noble por confesión propia; el general Cosío de León, irascible y valiente; Antonio Dorregaray, marqués de Eraul¹¹; el general Carlos Boet, aristocrático y marcial; el general Cucala, oportunista y rufián; Vicente Arnau, el héroe, un muchacho, un niño casi, trompeta del destacamento, delgado, raquítico, casi un inútil; Ramón León, «el Chepa de Montalbán», militar famoso por su ferocidad y rapiña y otros muchos personajes menos singularizados. Tras todos ellos aparecen de fondo soldados de Castilla, legítimos de Cuenca y Guadalajara, pequeños y enjutos pero muy sufridos, y soldados de Aragón, en contraste con los de Castilla, de robusto empaque y carácter impresionable.

A diferencia de los que pueden cruzársele en otros viajes posteriores, los tipos de éste son en casi su totalidad históricos o caracteres sacados de la más inmediata realidad circundante. Algunos como el pañero de Teruel y el comandante Morinchón, parecen en ocasiones trasunto del autor.

Tras este realismo o más bien coexistente con él y sin caer en ningún momento en la pedantería, tiene el libro cierta erudición y cultura clásicas. Ostenta una gran limpieza moral, bien hacer y bien decir; castidad y elegancia propias de la generación del 98, más destacable si se tiene en cuenta el ambiente de milicia en que se desenvuelve.

Como dato cuantitativo diré que las menciones culturales más frecuentes de que el autor hace uso a lo largo del viaje son literarias e históricas. En el panorama literario abundan las menciones sobre la literatura clásica latina y española del Siglo de Oro, con dos alusiones a periódicos de la época. El panorama histórico presenta dos paisajes: uno inmediato, el de la milicia carlista con alusiones a generales y guerreros de la época, y otro lejano que va desde El Cid, cuya huella per-

(11) Ciro Bayo pone de relieve muchas y buenas cualidades de este general carlista, valiente, honrado y capaz de sentir ternura. Sufrió el mal de Flaubert en la milicia y el mal de la picaresca en toda España.

dura en varios pueblos del Maestrazgo (Iglesuela del Cid, Villafranca del Cid), hasta personajes de la historia moderna.

En un simple cómputo destaca el predominio del paisaje histórico-guerrero: veinticinco menciones sobre las dieccinove del literario ¹².

No existen menciones artísticas ni científicas.

(12) Panorama literario:

<i>Menciones</i>	Págs.
«El rimado de palacio»	5
Pascal	5
San Agustín	5
Cieza de León	7, 221
Baltasar Gracián	13, 14
Homero	14
«El Mercantil Valenciano»	18
«La Gazeta»	18
<i>Itinerario de Rozas</i>	19
Argensola	21
Víctor Balaguer	62, 63
César, <i>De bello gallico, Comentarios</i>	67, 68, 102, 105
Tácito	67
Miguel de Cervantes	67
Shakespeare	72
Tito Livio	97
General Córdova	105
D. Quijote y Sancho	112
Musset	163

Historia: Panorama inmediato

<i>Menciones</i>	Págs.
General Martínez Campos	11
<i>Manual para cabos y sargent.</i>	17
Cabrera	52, 56
Lizárraga	56
Despujols	56
Pascual y Gamundi	57, 58
Alfonso XII	58
Nocedal	71
Aparisi y Guijarro	71
Zaratregui	105
Zumalacárregui	105

Historia: Panorama lejano

<i>Menciones</i>	Págs.
Carlos III	27
Napoleón III (Luis Napoleón)	68
Carlos VII	70
«La Ley Sállica»	70
Berenguela	71
María de Molina	71
Isabel I	71
Napoleón el Grande	73
Thiers	78
Rodrigo de Vivar	158
Benedicto XIII	162
Fernando de Antequera	162

EL PEREGRINO ENTRETENIDO¹³

1902

UN VIAJE Y UN RELATO REALES

Ricardo Baroja hace en su libro *Gente del 98* un breve resumen del viaje que Ciro Bayo refiere en *El peregrino entretenido*. Este viaje lo hicieron a pie Ciro, Ricardo y su hermano Pío. Les acompañó también un borrico de carga llamado «Galán», que llevaba a sus lomos una tienda de campaña que no pudieron usar. Iban provistos de alimentos para el camino y de flamante atuendo de caminantes novatos, él y su hermano, ya que Ciro, muy trallado en estas lides, parecía, a las primeras revueltas del trayecto, estar recubierto por el sol y el polvo de muchas sendas, caminando altivo, alto e indiferente.

D. Ciro les iba relatando por el camino sus aventuras en la guerra carlista, y en más de una llanada de las orillas del Tiétar jugaron como niños a las batallas revividas por el ex-combatiente carlista.

A propósito de este viaje escribe Ricardo Baroja:

«No contaré aquí nuestras andanzas por vericuetos y posadas. Mejor que yo pudiera hacerlo las han relatado mi hermano en alguna novela y Don Ciro en sus Memorias de viajero»¹⁴.

El itinerario que da a continuación Ricardo Baroja y que analizaré en su momento coincide exactamente con el de *El peregrino*.

Azorín, en el prólogo al libro de Ciro Bayo *Lazarillo español*, aporta el siguiente juicio:

«Ciro Bayo ha publicado un libro titulado *El peregrino entretenido*: un libro escrito en estilo sencillo, natural, castizo, sin afectación. El autor describe

(13) Ciro Bayo, *El peregrino entretenido, Viaje romanesco*. Lib. de los Sucesores de Hernando, Madrid, 1910. (En lo sucesivo citaré *El peregrino*).

(14) Ricardo Baroja. *Gente del 98*. Ed. Juventud. Barcelona, 1952.

en estas páginas varias regiones de España que él ha visitado en diversas ocasiones (...) unas veces andando —que es el medio más seguro y popular de viajes— y otras caballero en algún rocín quijotesco, nuestro andante escritor ha ido enterándose de paisajes, pueblos viejos, mesones, ventas y caminos españoles»¹⁵.

RELATO IMAGINADO SOBRE UN VIAJE REAL

Pío Baroja escribe en sus *Memorias*:

«A principios de siglo yo pensé hacer un viaje camino de Portugal, por Castilla y Extremadura, e intercalarlo en una novela.

Compramos mi hermano Ricardo y yo un burro para llevar provisiones, y mi hermano fabricó una tienda de campaña. Le invitamos a D. Ciro a acompañarnos en la excursión, y aceptó (...) Partimos un día de octubre»¹⁶.

Ciro Bayo, en cambio, dice al comenzar el relato de su viaje: «Hace una hermosa tarde de junio. Camino de Villaviciosa de Odón gallardean en la plana las mazorcas de oro»¹⁷. Hay una evidente contradicción (¿o lapsus?), entre estar en el mes de junio y ver gallardear mazorcas de oro en los maizales. No obstante estas variantes de fechas, el itinerario coincide exactamente en los tres escritores. Cambia lo accidental, lo anecdótico, la peripecia pero nunca la geografía. La topografía es también minuciosa y exacta.

Pío Baroja continúa:

«Las pequeñas aventuras del viaje con los tipos vistos en el camino las conté yo en una novela titulada *La dama errante*.

(15) *El lazarrillo*, pág. 6.

(16) *Memorias*, págs. 835-840. T. VII de O. C. Madrid. B. Nueva. 1949.

(17) *El Peregrino*, pág. 8.

D. Ciro que no poseía ningún sentido realista, escribió un libro sobre nuestro viaje, titulado *El peregrino entretenido*, libro de episodios y aún de paisajes inventados pues no tiene nada de lo visto en el camino.

Sin embargo algunos críticos dijeron que era de una realidad extraordinaria, porque en esto de no notar la realidad los críticos españoles han sido especialísimos».

UNA NOVELA PICARESCA

Así la llama Joaquín de Entrambasaguas ¹⁸:

«Ninguna de las normas fundamentales de la más rigurosa picaresca falta en *El peregrino entretenido*.

Se trata de la autobiografía de un personaje que, sin plan preconcebido, a su capricho, camina por España, viviendo de lo que puede, sin intentar trabajo, ni dolerse, con tal de no sujetarse a nada, de incomodidades y peligros».

Creo que nada de esto está en el espíritu del autor cuando emprende el viaje y el libro. El viajero lleva dinero y paga, y busca el mejor confort y limpieza en fondas, posadas y compañía. Paga lo de él y más de una vez lo de sus compañeros de mesa (ahí están los episodios en Brunete, La Adrada y Cuacos).

El viajero no es un pícaro, es un caballero que viaja por gozar de la vida bohemia, y del aire libre, y del sol. Por conocer tierras, tipos y costumbres. Para satisfacer su ansia de conocimiento: «pues aprendo muchas cosas nuevas sobre las costumbres del país que recorro y los gustos y variados caprichos de los hombres (...) tal es la génesis de este libro, que a Dios plegue sea muy leído para que cunda la afición a las excursio-

(18) *Ob. cit.* págs. 21 y 38.

nes»¹⁹. Estas palabras no son las de un pícaro que sale a los caminos a buscarse solamente el sustento material.

Más adelante Entrambasaguas llega a decir:

«El personaje camina por lugares análogos a los que recorren los pícaros; sale de Madrid como pudiera hacerlo Guzmán en una de sus correrías, se busca el auxilio de las gentes para comer; ni el amor, ni el ideal perturban su mente despabilada para conocer gentes y darles el punto que les corresponde en su vida de un individualismo exagerado»²⁰.

No. El autor viajero es, y se tiene en todo momento por un caballero, por un hombre «de calidad», y así lo reconocen venteros, posaderos, gentes del camino y hasta los perros:

«A mi llegada al parador, sale a recibirme un perrazo que meneando la cola y dando saltos de alegría, me guía adentro. Confieso que estas carantoñas perrunas halagaron mi amor propio, pues ellas daban a entender que el can veía en mí un huésped de calidad y de provecho»²¹.

El viajero nunca se busca «el auxilio de las gentes para comer», sino que es invitado, después que se le encuentra y se le trata y se le juzga muy digno caballero que viaja por placer y conocer. Las gentes que le invitan lo hacen por su propia iniciativa y gusto sin que del caballero parta la más leve insinuación, y son gentes de clase: vicarios, hidalgos, damas, médicos, ricos, artistas, etc., que tienen el honor de abrirle las puertas de sus moradas.

«El personaje —constata en otro lugar Entrambasaguas—, como el más acendrado pícaro del Siglo de Oro, al relatar estos episodios, es el autor mismo»²². Hay una diferencia. Aquí el viajero *se identifica* totalmente con el escritor y son ambos Ciro Bayo y Seguro, como corresponde siempre a este género

(19) *El Peregrino*, pág. 6.

(20) *Ob. cit.* págs. 23-24.

(21) *El Peregrino*, pág. 15

(22) *Ob. cit.* pág. 24.

literario autobiográfico. En la picaresca, el pícaro que habla y narra en primera persona no es el autor. Pícaro y escritor no son la misma persona.

Nada más lejos de un pícaro que Ciro Bayo. Es un observador viajero que a veces no toma partido por prudencia, refiriendo la crítica inmediata de lo que observa a un tiempo histórico, esto es, desactualizando las situaciones, haciéndolas incluso acrónicas para no incurrir en embarazosos compromisos. Libertad e independencia han sido las facetas más acusadas de su carácter.

En este campo histórico unas veces arremete bravamente y otras su crítica se convierte en materia de estudio e investigación.

Nada importa tampoco dónde se le pueda o dónde se le quiera encasillar. Es un libro como casi todos los suyos de osamenta y sistema nervioso geográfico-itinerante, revestido de formas aparentales que pueden indicar todo lo más el gusto del autor.

* * *

El peregrino entretenido es un viaje planeado como tal. Un itinerario claro y definido. Un deseo de salir de la urbe y de sí mismo. ¿Qué busca por los caminos? ¿Hemos de creer sus propias palabras?: «gozar de la buena vida bohemia (...) aprender muchas cosas nuevas sobre las costumbres del país que recorro y los gustos y variados caprichos de los hombres». Quizá nada más y nada menos.

Las doscientas treinta y ocho páginas del recorrido Madrid-Yuste-Madrid están divididas por el autor en XII jornadas precedidas de un Preámbulo. Las cierra una Conclusión dividida en dos partes: «La vuelta a Madrid» y «La raza parda». En la primera va bosquejada la larga jornada ecuestre del regreso, Cuacos-Navalcarnero, sin interrupción. En la segunda parte recorre en diligencia el camino de Navalcarnero a Madrid con un alto en el parador «Al buen pardillo de la tierra» —nombre real o imaginario—, situado en un lugar del camino.

Las jornadas oscilan de dos a ocho leguas. Unas cincuenta y cuatro en total de cabalgadura entre Madrid y Cuacos²³.

Excepto las tres primeras, están divididas por el autor en capitulillos interiores que se corresponden con los distintos relatos contenidos en ellas, relatos generalmente en boca de los personajes que se van encontrando en el camino y con los que entabla diálogo en las paradas.

Estos personajes estructuran de tal modo el itinerario que son verdaderos mojones en él, siendo cada jornada un personaje o varios. La correlación sería la siguiente:

- | | | |
|------|--------------------------------------|---|
| I | La salida | Los gitanos y el guarda. |
| II | El parador de Brunete | La mesonera, el señor Vicente y los dos rufianes. |
| III | El anarquista de Valdeiglesias. | Don Jenaro Scherer. |
| IV | En la Adrada | El vaquero trashumante. |
| V | El viejo y la niña | El señor Vicente y Ramona. |
| VI | Un modelo velazquista ... | Pedro Mingote. |
| VII | Un cura de aldea | El cura de Mijares. |
| VIII | El halconero de Pedro Bernardo | D. Braulio Corvalán. |

(23) Las distancias recorridas en estas jornadas son muy variables:

- | | | |
|---------|-------|--|
| Jornada | I: | Madrid-un puente entre Móstoles y Villaviciosa de Odón. Tres leguas. |
| Jornada | II: | Del lugar anterior a Brunete. Dos leguas y media. |
| Jornada | III: | Brunete-Valdeiglesias. Seis leguas y media aproximadamente. |
| Jornada | IV: | Valdeiglesias-La Adrada. Cinco leguas aproximadamente. Durante su estancia en La Adrada, un paseo hasta las ruinas del castillo, a una legua escasa. |
| Jornada | V: | La Adrada-Alrededores de La Adrada. |
| Jornada | VI: | La Adrada-El Monte de las ánimas, a cinco leguas del pueblo. |
| Jornada | VII: | La Adrada-Mijares. Cinco leguas. |
| Jornada | VIII: | Mijares-Pedro Bernardo. Dos leguas y media. |
| Jornada | IX: | Pedro Bernardo-Arenas de San Pedro. Cinco leguas. |
| Jornada | X: | A. de S. Pedro-Madrigal. Nueve leguas y media. |
| Jornada | XI: | Madrigal-Cuacos. Ocho leguas. |
| Jornada | XII: | Cuacos-Yuste-Cuacos. Legua y media aproximadamente. |

- IX La Generala de Arenas D.^a Petra y los titiriteros.
 X El especialista de Madrigal. D. Blas Pimentel.
 XI Paralelo entre Carlos de
 Gante y D. Quijote Gaston, D. Juan de Cuacos, el ventero, la ventera y otros.
 XII El solitario de Yuste El pintor.
 Conclusión D. Jenaro Scherer.

Alrededor de estos personajes aparecen otros secundarios. Hay reencuentros a lo largo del camino con gentes ya vistas, trashumantes que aparecen y desaparecen intermitentemente en breves etapas por rutas frecuentadas, a veces con distintos oficios ya.

Sólo en tres de las doce jornadas aparecen gentes sedentarias (VII, X y XII): el cura, la Generala y el pintor, pero aun así de estos tres, sólo a uno, la Generala, la encuentra en su casa. Al cura se lo tropieza en una fresneda del camino cercana al pueblo y al pintor en la serranía entre Yuste y Cuacos.

Los personajes cuentan a su vez sus viajes, cuitas, saberes historias y leyenda²⁴. Son trotamundos, aventureros, nómadas. Todo ello hace del libro un escenario variopinto, lleno de dinamismo, voces y plasticidad, donde las gentes y no el paisaje —que sólo se ve como telón de fondo—, juegan el papel más importante por no decir único.

Ciro Bayo no ve el paisaje ni lo busca. Rastrea al hombre por los caminos y en sus cobijas. Busca la compañía, la charla y el pasatiempo en libertad. No busca la libertad en el sentido unamuniano, hacia la cumbre o la soledad para contemplar en alejamiento el valle; Ciro busca el valle, la casa, la plaza, la fiesta, la feria, el ruido, el bullicio de las ventas. Necesita al hombre para sentirse libre o para huir de sí.

Más que un andar y ver lugares es un andar y conocer tipos. En un itinerario corto —no más de 45 leguas—, entre

(24) Esta estructura acusa claramente la influencia de nuestra narrativa novelesca del Siglo de Oro.

Madrid y Yuste, cita doce pueblos de los que hace somera descripción, pero encuentra veintiocho personajes.

Enumerando los que más significativamente destacan, encuentra gitanos, esparcidos por todo el país, con preferencia bajo los puentes²⁵; guardas que vienen siempre a continuación de los gitanos y no como mal menor; la mesonera de Brunete, ingenua y desconfiada, acostumbrada a ganar el dinero muy difícilmente²⁶; el peregrino señor Vicente, no es clérigo ni fraile, es un bendito, caminante siempre²⁷; dos chulos, porque es cierto que donde hay un chulo hay otro²⁸; Jenaro Scherer, el anarquista de Valdeiglesias, tirolés y buscador de insectos en España²⁹; Pedro Mingote, curioso personaje enciclopédico, desdoblamiento indudable del propio Ciro que hace con él su autorretrato tanto en lo físico como en el carácter, talante, pensamiento, etc.; un cura de aldea, progresista y activo, insospechado en un pueblo muerto; el halconero de Pedro Bernardo, D. Braulio Corvalán, hidalgo, inútil, excéntrico y simpático; la Generala, mujer de armas tomar, viuda, hermana del anterior; el especialista de Madrigal, D. Blas Pimentel, dedicado a la cría de cerdos, tratando de demostrar valiéndose de los mismos que sólo hay una especie humana contra lo que creen los racistas; Gastón, sevillano-francés de Burdeos, pasado por infinidad de países y aventuras, presenta una per-

(25) «El gitano es hijo del interés y padre del robo, es vigilante en su negocio y perezoso en el ajeno, parece que regala y vende, siempre procura engañar y se juzga engañado, es tan enemigo de la verdad que con la cara miente. A nadie quiere bien y se trata mal a sí mismo, de todo recela, y aún de sí mismo desconfía; de nadie habla bien menos de Dios, y es porque no le conoce.

Cuando se le ruega se estira; si se le manda se finge cansado; come de lo suyo lo que le basta para vivir, y de lo ajeno hasta reventar. No conoce ningún sacramento y de todo hace sacramento» (pág. 13).

(26) «Es la mesonera, joven, guapota y frescachona, tipo de esas mujeres fuertes de Castilla, que lo mismo saben defender su hacienda que su honra» (pág. 16).

(27) «Recorre los paseos y las afueras de la Corte repartiendo estampas a los niños y contándoles vidas de santos, entre la rechifla de la golfería. El señor Vicente, como le llaman todos, viste siempre negra hopalanda y sombrero hongo» (pág. 17).

(28) Geográficamente se los sitúa en los barrios bajos de Madrid, pero son trashumantes.

(29) Este personaje recuerda al tudesco Otto Eder, alemán que lo acompañó en su viaje al río Beni (norte de Bolivia) y que viajaba desde el Panamá hasta el Titicaca estudiando la flora y la fauna. A su vez tanto éste como los otros personajes que siguen: el cura, el halconero de Pedro Bernardo, Gastón y D. Blas hablan por boca del autor.

sonalidad inclasificable; un pintor sin nombre, tipo que se da en todas las latitudes de España. Recuas de feria, músicos, saltimbanquis, titiriteros, mozas a la grupa y amazonas rurales, escuderos, capeadores, gitanos, mendigos, campesinos endomingados, carros, tartanas y diligencias siguen a estos y otros personajes que se entrecruzan fugazmente.

En el breve espacio geográfico que media entre Toledo y Cáceres hace agudas observaciones sobre la gran diferencia de tipos y tierras. Ve al castellano como hombre de tranquila musculatura y febril pupila: «Pálidos, cenceños, reflexivos y altaneros» (pág. 162) y más adelante: «Son estoicos, graves de carácter; son la gente más sobria, más morigerada y más timorata de Europa, no abusan de nada, ni del placer, ni del trabajo, ni del pensamiento» (pág. 229). El extremeño «membrudo y sanguíneo, con mucha dosis de amor propio, pero ágil de carácter, agradable y, a ratos, insinuante» (pág. 162).

Expone ideas sobre el tipo étnico del centro de España, haciendo un paralelismo entre el color, el hombre y la tierra. A la significación cromática de la palabra «pardo» le añade matices psicológicos, geográficos y etnológicos: parda, pardal, pardillo, pardales, El Pardo, pardear, raza parda, gramática parda, etc. Es interesante cotejar esto con las consideraciones que sobre este mismo aspecto hace Unamuno entre el «azul» de Bilbao, el uso tradicional por el bilbaíno y en general por toda la gente del norte del traje azul mahón y el «pardo» de Castilla, el también tradicional traje de pana parda del castellano; el azul del mar y el pardo de la meseta, etc.

Ofrece consideraciones cromáticas sobre la identificación del color pardo con la reflexión, ponderación, austeridad, tristeza, elegancia, dignidad, prudencia, cautelosidad, introversión, temor, conservadurismo y astucia del castellano y la identificación del color pardo con la tierra, la roca, el barro, el adobe, la piedra, la casa, el silencio, la uniformidad, la esterilidad, la quietud y la soledad del panorama castellano. Una conclusión indentificatoria paisaje - hombre - color³⁰.

(30) «...la afición de estos llaneros a vestirse de pardo y en general de color oscuro. No se ve entre ellos aquella algarabía de colores en indumentaria que tan

Finalmente hace una apología del tipo genuino español, y aunque la opinión sobre la nativa elegancia y donosura de nuestros lugareños no abunda en la apreciación etnológica del 98, no deja de ser ésta muy reconfortadora³¹.

Al pueblo y a los personajes, corresponde también una arquitectura cuyas características constituyen un complejo sociogeográfico del lugar.

En función de este elemento importante que es la casa (campamento, venta, posada, casa, casona, castillo, etc.), el recorrido itinerante aparece señalado por una arquitectura rural; el esquema del mismo sería el siguiente:

I Jornada: Los gitanos y el
guarda Un campamento de gita-
nos.

II id : La mesonera, el pe-
regrino y los ru-
fianes El parador de Brunete.

agradable hace la perspectiva de los pueblos del norte, del sur o de levante; son pocos los que visten de blanco, o de encarnado o de verde, y los que lo hacen es por moda y no porque les salga de adentro. El negro o el pardusco son los colores favoritos suyos como lo fueron de los hidalgos de ropilla y manto. De los campesinos no se diga, ¿no les llaman Uds. pardillos o pardales por el color de su indumentaria?» (Ob. cit. págs. 228-229).

«...Color preferido de los pintores españoles ha sido el pardo, barniz de los pucheros de la tierra. Para Velázquez era el color de la vida, de la verdad; para Murillo el de la idealidad, el de la unción. Sólo por clasicismo el último pintó rubia su Concepción (...) Hasta el Greco es gris, siquiera sus grises sean azuleantes cárdenos, casi purpúreos. De Zurbarán, de Juan de Juanes, no se diga» (Ob. cit. pág. 238).

(31) «¿No ha reparado Ud. en sus correrías en la nativa elegancia y donosura de nuestros lugareños? En su mayoría parecen hidalgos venidos a menos. Debe de ser herencia de raza, porque tengo entendido que igual acontece en la plebe criolla (...) Los rasgos faciales, el temperamento de la raza hispana persisten al través de los siglos y de las mezclas étnicas. El tipo nacional se conserva incólume, lo mismo en la ciudad que en el campo; en el rudo trabajo que en la molición. Nuestros hidalgos de lugar siguen siendo como fue Don Quijote, secos de carnes y enjutos de rostro; los pastores de Murillo tienen el mismo tipo san-chopancesco de los rabadanes de ahora; los soldados de Breda se parecen a los carabineros y guardias civiles veteranos de nuestros días». (Pág. 221).

«Este pueblo de Cuacos es un cinematógrafo de tipos trashumantes. Raro es el día que no desfilen por aquí, gitanos de airoso talle y gitanas de ojos de almendra y cabellos de azabache; romeros de Guadalupe que parecen frailes de Zurbarán; mendigos sorianos y salmantinos como no los soñara Salvatore Rosa; segadores astures y leoneses, caballistas andaluces y extremeños de arrogante postura y otros más» (Pág. 212).

- III id : D. Jenaro Scherer. Una fonda castellana.
- IV id : El vaquero trashu-
mante El castillo.
- V id : La niña y el pere-
grino Una casa rural.
- VI id : Pedro Mingote ... La choza (el hueco de un
árbol).
- VII id : El cura de Mijares. La casa de un cura.
- VIII id : D. Braulio Corva-
lán..... La casa solariega.
- IX id : La Generala. Los
títeres El patio de la posada.
- X id : D. Blas Pimentel... La casa del médico y por-
quero extremeño.
- XI id : Gastón, D. Juan y
otros La Hostelería de Cuacos.
- XII id : El solitario de Yus-
te. El pintor El Monasterio de Yuste.
Una vivienda modelo.

De aquí que de las doscientas treinta y ocho páginas del libro sólo cinco y media están dedicadas a la descripción y contemplación paisajística. La tierra y el campo se adivinan a través del ambiente, los hombres, los interiores, los tipos y los diálogos.

Las referencias al paisaje sólo aparecen cuando el itinerario ha abandonado el árido llano de Castilla y se va internando en los fértiles valles de Gredos y en las Veras, y van abundando a medida que este paisaje se hace verde y fértil, contrariamente a otros escritores noventayochistas, buscando campos místicos o heroicos.

C A S T I L L A

La primera consideración de Castilla la expone el viajero camino de La Adrada, a la vista de los campesinos abulenses

que van a la feria. Hace un paralelismo —muy frecuentes en Ciro Bayo—, entre la lengua y el paisaje. Le seduce el lenguaje, rico y genuino, con sabor arcaizante y el acento de estos castellanos que hablan

«Con un dejo que encanta. La tonada es al idioma lo que el sabor especial a la uva (...) Tal el habla, tal el paisaje: sencillo de líneas pero limpio y soleado. Tierras llanas o tierras ondulantes, sin más cultivo que el fácil y remunerador de las plantas anuas, salvo algunos viñedos y olivares escalonados en los contrafuertes de la sierra, que al frente se encresta recortando un cielo bruñido» (pág. 43).

Es ésta que he citado una visión muy significativa. Esquemática, simple de elementos, pero complaciente. Sensorial, sin complicaciones de tipo histórico, espiritual, político-social, etc. Sin más visión que la aparente, lineal, despejada y despojada, reposante y plácida, reconfortadora y lenta. Ningún esfuerzo ni responsabilidad requieren estas tierras durmiéndose y gestándose al sol. ¿Para qué cambiarla? ¿Para qué desentrañarla? Ella sola produce aunque sea una vez al año. Ni fantasmas, ni héroes, ni historia. Nada hay en Castilla más que lo que se ve: mucha tierra, mucho sol, muchos años y algún viñedo u olivar. La visión ocupa seis líneas. Sin embargo el ochenta por ciento de su itinerario discurre por tierras castellanas.

Hay más adelante, ya en la conclusión, una segunda consideración de Castilla:

«La llanura castellana —señor Scherer— hube de decirle, aunque parezca una estepa a primera vista no es absolutamente triste cuando se anda por ella» (pág. 227).

Continúa queriendo hacer ver a su compañero la variedad de este paisaje: lomas, arroyos, cañadas, secales, retamas, tomillos, liebres y perdices. Todo muy real. Nada del paisaje inventado del que se acusa a sus compañeros de generación. Nada siquiera del cielo y de la luz. Pero nada tampoco convence al suizo —¿Ciro Bayo?—, que no ve en Castilla la poesía

de la extensión que tienen por ejemplo las pampas argentinas o los llanos del Chaco.

L A M A N C H A

Ciro Bayo viene de vuelta de su viaje por Extremadura. Parece como si no quisiera acabar su recorrido sin dar una visión personal de este corazón muerto de España.

Está atravesando la Mancha toledana. El recorrido es largo, tan largo como ingrato: cansancio y polvo. Trata de terminarlo lo más rápido posible, deja la cabalgadura y coge la diligencia, más protectora contra la inclemencia de la región.

Al salir de lo que él llama «el regazo de la sierra» «¡qué sensación tan distinta —dice— la que da la árida planicie! Esa Mancha toledana —cuyos aledaños tocamos más allá de Talavera, pasando el Alberche—; esa llanura amplísima y despoblada, con su color ocre y con la leyenda cervantina que allí campea es la doble personificación de la tierra y de la raza» (pág. 223).

Pero no se consuela con esto el viajero, ni con la alusión cervantina ni con la raza. La Mancha no es un paisaje ni una raza, sino un objetivo denunciatorio, en aquel momento sin presente y sin futuro previsible.

La ve como una tierra rica antaño, floreciente e industrial: Talavera, Maqueda, Torrijos, Illescas, industrias artesanas desaparecidas, palacios desmoronados, hidalgos muriéndose de orgullo. Nada se ha hecho y nada se ha actualizado, y se mantiene el mito de la tierra estéril. Ahora leguas sin encontrar una sola alma: «Dicen que de esto tuvieron la culpa dos *Santas* y un *Honrado*»³²; pero ¿quién la tiene ahora que sigue todo igual? La alegría que el viajero trajo de Brunete,

(32) «La Santa Inquisición, la Santa Hermandad y el Honrado Consejo de la Mesta». (Ob. cit. Pág. 224).

La Adrada, Mijares y Cuacos, se torna en preocupación. Lo pintoresco ha desaparecido.

I T I N E R A R I O

El viaje de ida y el de regreso dividen el libro en dos partes de extensión muy desigual pero que abarcan aproximadamente el mismo recorrido en leguas. La primera, movimiento de ida, abarca las doce jornadas descritas. La segunda, de regreso, Cuacos-Madrid, está recogida en la Conclusión.

El espectro itinerante da una imagen cartográfica que abarca las regiones de Castilla la Nueva y Extremadura y las provincias de Madrid, Toledo, Avila y Cáceres. Línea oeste central en forma de proyectil o cuña, con base en Madrid y Toledo (provincia) y punta en Yuste.

La línea superior marca un itinerario con gran frecuencia toponímica y por tanto mucho más lento que el inferior en línea rápida y lisa que se quiebra y se hace más pausada al acercarse a Madrid³³.

Muchos de los parajes recorridos no tenían acceso por ferrocarril. Ciro Bayo los recorre a pie o en cabalgadura. En el regreso, a 5 kms. de Madrid, en Navalcarnero, deja el caballo y coge una diligencia hasta la Corte.

El viajero no delata en ningún momento el año de este viaje. Baroja dice en sus *Memorias* que tuvo lugar a principios de siglo.

Ateniéndose al libro, el viajero sale de Madrid una mañana del mes de junio, llega a Cuacos el día 23, víspera de San Juan, y a Yuste, objetivo y meta de su viaje, el mismo día de San

(33) La ordenación del itinerario es ésta: Madrid - Puente segoviana - Carretera de Extremadura - Campamento - Carabanchel - Móstoles - Villaviciosa de Odón - Brunete - San Martín de Valdeiglesias - Avila (provincia) - La Adrada - Monte de las Animas - La serranía de Mijares - Mijares - Pedro Bernardo - Arenas de San Pedro - Puerto de Gredos (Extremadura) - Madrigal de la Vera - Jaramilla - Cuacos - Yuste - Cuacos (Provincia de Toledo) - Talavera de la Reina - La Mancha toledana - Maqueda - Torrijos - Illescas de la Sagra - Escalona - Navalcarnero - Madrid.

Juan, 24 de junio. Se puede conjeturar que tras las doce jornadas salió de Madrid hacia el día 12. No se sabe el tiempo que empleó en el regreso, ni dice lo que duró la vuelta ecuestre desde Yuste a Navalcarnero; solamente que llegó cansado y polvoriento, sin citar paradas, que se detuvo en Navalcarnero a vender el caballo, «al primer chalán» lo que indica que la venta fue rápida y a seguido cogió la diligencia en la que se mantuvo las cinco leguas que le separaban de Madrid.

Es la cronología una de las facetas más ambiguas en la vida y la obra de Ciro, ya que como dice su amigo Ricardo Baroja, «indiferente a todo, lo mismo le da llegar tarde que no llegar nunca a su destino»³⁴.

LIBRO Y VIAJE: CULTURALISMO

La capacidad informativa y denunciadora de los viajes de Ciro Bayo, que recoge diversos aspectos del país, costumbres, artes y problemas sociales, queda inmersa en este libro y viaje en campos culturales más variados que en el anterior, lo que confirma su carácter más enciclopédico.

Un predominio del campo literario —quince menciones— sobre el histórico —diez—. Cuatro breves campos: filosófico, religioso, musical y científico³⁵.

(34) *Gente del 98*; pág. 105.

(35) *Mención: Literatura*

	Pág.
Maquiavelo	6
Shakespeare	75
Menipo	76
Gil Blas de Santillana	85
Guzmán de Alfarache	85
Sta. Teresa	91, 112
Plinio	94
«El Tostado» (Ob. D. Alonso de Madrigal)	103, 104
Bossuet	113
Federico III	181
Cervantes	113, 184, 236-7
Hans Sach	159
Ausías March	176
Jorge de Montemayor	176
Petrarca	176
Homero	181

Lenguaje, estilo y estructura del libro son un tanto arcaizantes o mejor desactualizados de su época. Muchos resabios cervantinos de *El Quijote*, como la introducción de relatos e historias de pasatiempos, v. g.: los cuentos del cura, las andanzas de Gastón. Otros relatos van surgiendo del camino, de las costumbres de la región, del ambiente de posadas y mesones, y en general de lo que le rodea, pero siempre con especulaciones de los conocimientos que el autor ha adquirido en los libros, v. g.: el diálogo con el vaquero sobre los cabestros, de Re agraria, la función de los títeres, la raza parda, etc.

Otra de las facetas del hacer de Ciro Bayo es su lejanía histórica y su intemporalidad. Vive y arranca de su mundo autónomo e independiente, sin concesiones y un temor casi físico a perder esta independencia le inclina hacia un mundo imaginativo y un tanto teatral.

<i>Música</i>	Pág.
Beethoven	101, 108
V. Eslava	102
<i>Historia</i>	Pág.
Antonio Pérez	5
Alvaro de Luna	50
Cisneros	90, 110
C. de Romanones	95
Carlos IV	99
Carlos V	173, 215
Luis XI	174
Juana la Loca	180
Emp. Maximiliano	181
<i>Religión</i>	Pág.
P. Claret	101
Profeta Balaam	107
El Corán	116
Lutero	180
<i>Filosofía</i>	Pág.
Novicoff, Séneca y Diógenes	80
<i>Menciones científicas</i>	Pág.
Fermín Caballero (geógrafo)	92
Miguel Angel	107
Abate Kneip	166
Parmentier	168

LAZARILLO ESPAÑOL³⁶

1907 - 1911

«¡Salve, oh sol, padre del mundo, alegría de las criaturas, luminar y sostén de mi camino!» (Pág. 315).

UN VIAJE A LA BUSCA DEL SOL

Ciro Bayo vive en Madrid, sin trabajo y sin dinero, asilado en una horrible casa de vecindad de la cuesta de San Vicente, que alberga a más de doscientas personas, hacinadas en cuatro pisos interiores, ocho viviendas y un retrete comunal en en cada piso o corredor que se abre a un patio con otras ocho viviendas, donde a la gente que encierra durante la noche sólo el duro trabajo la libera durante el día, y vuelve a morir noche a noche en esta fosa común.

Ocioso y sin dinero, «había tomado asco a Madrid» —dice— y es así que un buen día emprende la fuga.

Su propósito es ir a Barcelona. Tan escaso de fortuna como sobrado de tiempo, decide hacer el viaje a pie, lento y largo, yendo a Barcelona por el camino de su gusto: la ruta del sol, atravesando el sur de España que hace mucho tiempo desea conocer.

Hay pues dos objetivos itinerantes en este viaje: el sur —Córdoba, Sevilla, Granada y Almería, que componen el viaje de ida—; y Barcelona, o viaje de regreso. (No Madrid como pudiera pensarse siendo el punto de partida).

El libro es claramente viajero y con una larga peripecia andariega. Abundan menos que en *El peregrino* los cuentos de parada y fonda o relatos intercalados ajenos al camino; los que hay forman parte de la aventura andariega del propio autor.

(36) *Ciro Bayo, Lazarillo español*. Librería Francisco Beltrán. Madrid. 1911.

ITINERARIO

Siguiendo en el mapa correspondiente el itinerario de este viaje observamos tres grandes líneas: a) de N. a S.; b) de E. a O., y c) de S. a N., que equivalen respectivamente a estas etapas:

a) Un primer movimiento descendente, de ida, que recorre las provincias de Madrid, Toledo, Ciudad Real, Jaén, Córdoba y parte de Sevilla. Este primer movimiento es lento, detallado, abundante en topónimos y paradas. El viajero va contemplando el camino, el paisaje, el hombre, la flora y la fauna. Mira y reflexiona sobre todo ello. Al llegar a la Mancha toledana hace un desvío para recordar y seguir la ruta de Don Quijote. El camino le suministra toda la materia narrativa en esta parte, no hay relatos ajenos intercalados.

b) Un segundo movimiento de llegada, horizontal, por el sur de España, que recorre las provincias de Sevilla, Málaga, Granada, Almería, Murcia y Alicante. Tiene también un ritmo lento, pero abundan más el hombre, la arquitectura, los interiores, que el paisaje. Las paradas son más largas porque el camino desemboca en tres grandes urbes: Córdoba, Sevilla y Granada, metas de su peregrinaje y en donde el itinerario se hace callejeo urbano.

c) Por último, un tercer movimiento ascendente que pudiéramos llamar regreso, pero no al punto de partida, sino al de destino: Barcelona. Este movimiento recorre las provincias de Valencia, Castellón, Tarragona y Barcelona. El ritmo es rápido. El camino casi desaparece, apenas hay geografía y topónimos. A pesar del largo recorrido, casi 60 leguas (323 kms.) a pie o en mula, además de un recorrido en balandro desde Sitges a Barcelona, el escritor lo despacha en cincuenta y cinco páginas de las trescientas veintiuna que tiene el libro. No se ve el camino sino solamente las paradas. Hay como un cansancio y una ansiedad por llegar. Calando un poco más en estos movimientos itinerantes, vemos que son los mismos que empleó en *El peregrino* y que ambos itinerarios ofrecen un paralelismo en su estructura.



CIRO BAYD 'El Lazarillo Español' - 1905-1911

Pese a la muy señalada diferencia de tiempo y espacio entre los dos libros —un viaje de 12 a 15 días con un recorrido de unos 500 kms., en el primero y de tres meses con unos 2.000 kms. en éste—, se observa una identidad de disposición y ritmo en ambos itinerarios.

Existe en los dos un recorrido de ida abundante en topónimos, descrito minuciosamente, lento; una llegada a un punto deseado; y un recorrido de regreso que no es por el camino andado sino por otro distinto. Ahora bien, la particularidad está en que esa vuelta, con ser ruta nueva para el viajero y para el lector, apenas se narra, el camino no se ve, el itinerario se apura, se hace casi cartográfico, el viajero tiene prisa por volver; se nota el cansancio de la vuelta o del objetivo logrado y se acelera el final. Esta estructura está aún más evidente en *Lazarillo español* que en *El Peregrino*, porque en aquél el viajero no vuelve ni siquiera al punto de partida, el camino se abre totalmente nuevo y desconocido y a pesar de ello presenta las mismas características de marcha forzada.

El espectro itinerante de las tres líneas desarrolladas, da un abandono total de la mitad norte y oeste de España. Una vertical por el centro y sur de la península, un recorrido intenso por la parte sur y este y un rápido ascenso hacia el norte, siguiendo el litoral.

El total de las tres líneas atraviesa las regiones de Castilla la Nueva, Andalucía, Murcia, Valencia y Cataluña y las provincias de Madrid, Toledo, Ciudad Real, Jaén, Córdoba, Sevilla, Málaga, Granada, Almería, Murcia, Alicante, Valencia, Castellón, Tarragona y Barcelona³⁷.

(37) El camino recorrido es el siguiente: Madrid - Puente de Toledo - Manzanares - El soto de Migas Calientes - La Florida - La Fuente de la Teja - La Pradera del Corregidor - Getafe - Cerro de los Angeles - Villaverde - Río Manzanares - Río Jarama - La Trapa de Val de San José - Pinto - Valdemoro - Ciempozuelos - Aranjuez - El mar de Ontigola - Ocaña - Madrideojos - Puerto Lápice - El Toboso - Arenas de San Juan - Ojos del Guadiana - Manzanares - Valdepeñas - Venta de Cárdenas - Sierra Morena - Despeñaperros (Organos de Despeñaperros - Salto del Fraile) - Santa Elena - Las Navas - La Carolina - Vilches - Valdellano - Linares - Bailén - Andújar - Río Betis - Río Guadalquivir - Alcolea - Córdoba - Desierto de Belén o Las Ermitas - La Carrahola - Posadas - Hornachuelos - Palma del Río - (Junta de Genil con el Guadalquivir) - Peñafior - Olivares de Peñafior - Mairena - Itálica - Sevilla (Puerta de Córdoba siguiendo por el recinto murado - Las Delicias - El Guadalquivir - Puente de Triana - Centro de la Ciudad -

Es el libro, de los tres viajeros por España, que presenta una línea itinerante más larga. Adquiere curiosamente la forma de bota, con puntera en Sevilla, talón en Murcia y polaina a la altura de Madrid y Barcelona.

El viajero anda en un noventa por ciento del itinerario. Lleva un morral a la espalda con una muda de ropa dentro por todo equipaje.

Va a pie de Madrid a Vilches. En un vagón de mercancías, de Vilches a Valdellano. De Bailén a Andújar, en el carro de un regimiento militar. De una aldea, cerca de Sagunto, hasta Castellón en mula. Y de Sitges al Puerto de Barcelona, en baidro.

El viaje comienza el mes de junio y termina el veinticuatro de septiembre de un año «malo, muy malo para mí, tanto que ni de su fecha quiero acordarme». Entrambasaguas lo sitúa entre 1907 y 1911. Como la fecha de publicación del libro es la de este último año³⁸, habiendo finalizado el viaje a fines de septiembre, es muy posible que el viaje haya tenido lugar de junio a septiembre de 1908³⁹.

Empleó alrededor de tres meses en un recorrido a pie de dos mil kilómetros aproximadamente.

Fábrica de Tabacos - El Matadero - Arroyo del Tagarete - El Húmero) - Arahal - Osuna - La Roda - Antequera - El Romeral - Archidona (La Peña de los enamorados) - Desfiladeros de Loja - Vega Granadina - (Río Genil, vista de Sierra Nevada y Granada) - Granada (entrada por la Puerta Elvira - Cuesta de los Gomeles - La Alhambra - El Zacatín - La Alcacería - El Sacromonte - El Albacín - Río Darro) - Venta del Molinillo - Purullena - Sierra de Gador (vista del Mediterráneo) - Almería (salida por la puerta de Purchena) - Sierra de Alamilla - Sierra de los Filabres, de las Estancias y de Almagrera - Vera - Cuevas de Vera - Río Almanzora - Huercal Overa - Lorca - Río Sangonera - Totana - Lebrilla - Huerta de Murcia - Río Segura - Murcia (Convento de Santa Clara) - La Vega de Orihuela - Río Segura - Orihuela - El Cerro de Oro - Callosa de Segura - Cox - Albatera - Dolores - Elche - Santa Pola - Alicante - Muchamiel - Gojona (Algullén, Río Benicadell, Albaida) - Tibi - Alcoy - Cementerio de Alcoy - Montesa - Játiva - Valencia - Sagunto - La cordillera de la Pedrera - Una aldea (en la costa de Castellón frente a las Columbretes) - Castellón - Campos tarraconenses - Reus - Río Francolí - Tarragona - Constantí - Villanueva y Geltrú - Sitges - Barcelona.

(38) *Ob. cit.*, pág. 11.

(39) Doy esta fecha basándome en las palabras con que empieza el viaje: «Érase un año climatérico, como diría un astrólogo, es decir, malo, muy malo para mí...», (pág. 13). Una de las acepciones de «año climatérico» es la que le define como el séptimo o noveno año de la vida humana y sus múltiplos. En 1908 tenía Ciro cuarenta y nueve años y cumplía siete septenios.

EL LIBRO Y EL VIAJE

El relato viajero de *Lazarillo español* está distribuido en doce libros, precedidos de un Prólogo de Azorín y de una Declaración del autor, y epilogado por un Post Scriptum de seis líneas.

Los libros están divididos en capitulillos que oscilan de dos a cinco por cada uno. Estos capitulillos son otras tantas escalas itinerantes dentro de cada libro que representa una región geográfica o una provincia. El esquema sería el siguiente:

- Libro Primero Madrid, ciudad.
- » Segundo Madrid, provincia.
- » Tercero La Mancha (de Toledo y de C. Real).
- » Cuarto..... De Sierra Morena a Córdoba.
- » Quinto..... Sevilla.
- » Sexto Málaga.
- » Séptimo Granada.
- » Octavo..... Almería.
- » Noveno Murcia.
- » Décimo Alicante.
- » Undécimo Valencia.
- » Duodécimo..... Tarragona y Barcelona.

Veamos ahora el contenido de estas regiones itinerantes y lo que el viajero ve, reflexiona y narra en su recorrido:

Madrid, ciudad. Madrid es una casa de vecindad en la cuesta de San Vicente. Hay un panorama denunciatorio. Tipismo condenable. Sentimentalismo. Juan y Gregoria representantes de un pueblo.

Visión de contraste: el paisaje de los alrededores, la Moncloa, El Pardo, El Guadarrama.

Huida de Madrid.

Madrid, provincia. Aledaños de una gran urbe. Un pícaro vagabundo (no da su nombre), acompaña al viajero. Esta especie de escudero y proveedor se da curiosamente en este

viaje y en el del Maestrazgo, solamente en un trecho del camino; después Ciro Bayo se independiza.

Salen por el Puente de Toledo hacia el sur. Pasan Getafe, el Cerro de los Angeles. Tierras calcinadas, sin un árbol, polvorientas y sucias. Hay consideraciones de tipo socio-económico. Le parece al viajero que la tierra es buena y «melosa», pero el madrileño busca el menor esfuerzo, y la explota para tejares y caleras. Los ríos Manzanares y Jarama dan vida, aunque poca, al paisaje. En la Trapa de Val de San José el trabajo constante de los frailes ha hecho el milagro, el campo aquí es una huerta.

Pinto y Valdemoro, Ciempozuelos. El viajero roza el hambre y acepta la complicidad con el pícaro en el despojo de una salchichería. Por la ética del autor pasa una corriente de frío cinismo y humor oscuro de los que se libera rápidamente así como de su pícaro acompañante. A partir de este momento se separan. Ciro hace ya el viaje solo hasta el final.

La Mancha. Un deseo de seguir la ruta de Don Quijote le desvía de su camino en Puerto Lápice y da un rodeo para ir a El Toboso. Hay una revivencia del buen caballero andante y hasta un espejismo de escenas: la vista de dos muchachos riñendo en una pradera, así como los vio D. Quijote; las eras a la entrada del lugar; el cura y el bachiller en un pradillo; Teresa y Sanchica a la puerta de una casa, etc., etc. Le parece que nada ha cambiado en estos pueblos a través de cuatro siglos. Se siente una entrañable tristeza e inquietud.

Llega a Ojos del Guadiana, las tintas se entenebrecen más aún, dándose una visión casi alucinante:

«Sólo los cuervos que aletean pesadamente sobre las ciénagas rompen con graznidos fúnebres la soledad de esta tierra abandonada» (58).

Un poco más adelante empieza a abrirse la esperanza de Andalucía tras los perfiles de Sierra Morena allá en el horizonte. De inmediato, aparece Manzanares, «punto de cita de todos los vagabundos de España».

De Sierra Morena a Córdoba. Viene el contraste tan súbito como frecuente en nuestra «geo». De las abrasadas soledades manchegas se entra en una comarca de pueblos prósperos que comienza en Valdepeñas. De nuevo el contraste de la serranía. Las gentes aisladas, incomunicadas casi no comen pan. El viajero lo cambia por riquísimos gazpachos.

Vienen luego Santa Elena, Las Navas y La Carolina, las llanuras de Vilches y las Navas. Linares no se ve. Llega a Bailén.

Aparece Córdoba. Sentir de Córdoba. Arquitectura, paisaje y color. Las mujeres, los caballos y los gitanos. El viajero sigue solo con su suerte por el camino. Aparece el Guadalquivir. Se ve el paisaje andaluz: *suertes* o cuarteles de dehesas, chumberas, manadas de potros, dehesas interminables. Cortijos en las alturas. Peste de pastores, de perros, de langosta y de guardas del verde. Un paisaje de higos chumbos.

El viajero va hambriento y solo. Trabaja como listero en un olivar de Peñaflor (Sevilla). A pesar del hambre y de la pobreza suya y de los otros el ambiente es optimista, nace una fácil alegría irreflexiva: «Cobré fuerzas —dice—, y más que todo, gran exaltación de ánimo con el goce de la vida que se respira en los pagos andaluces» (Pág. 99).

Sevilla. Cara y cruz. Aparición de la Giralda. El sol. El río. Triana. Los gitanos barberos. Sevilla le parece sensacional. Todo en ella es hermoso: el color, la elegancia, las moradas, los monumentos, la luz, el ritmo, las gentes. La realidad ha sobrepasado al sueño. Está contento y se enorgullece de haber venido a pie: «Cualquier otro modo de arribar un peregrino a una ciudad santa —y Sevilla lo es por sus monumentos, como Toledo, Burgos, Córdoba y Granada—, es hacerlo sin consagración pietista y poética» (Pág. 109).

Vuelve el contraste o la cruz de Sevilla. Quizá sin él darse cuenta empieza a teñir la ciudad de tonos grises y sombríos: en Sevilla ocultan a los pobres y no los dejan entrar en la ciudad; la busca inútil de trabajo es la causa lógica del nomadismo, de la picaresca, de la holganza y de la proliferación de asilos y caridades. Sevilla se va tiñendo de negro. El negro se

hace trágico en el panorama del Humero. Desesperanza, denuncia y sigue su camino.

Málaga: Soledad. *Osuna:* Muerte. Esperanza del reino de Granada.

La esperanza que tenía Unamuno puesta en la leyenda de los escudos de Aguilar de Campóo —«Belar se debe la vida de tal suerte que quede vida en la muerte»—, no la tiene Ciro Bayo para Osuna «astro apagado» que no volverá a encenderse.

Aparecen los vidueños, las uvas malagueñas. Antequera. La pita, el lentisco y la tuna. El acíbar o áloe y el incienso macho. En Antequera el viajero trabaja como herbolario.

Granada. De nuevo el contraste: los infiernos de Loja y el paraíso de la vega granadina. Sierra Nevada, otro contraste: naranjos y nieves perpetuas. El verde y el azul de la naturaleza. El rojo y el blanco de la arquitectura. La generosidad del pobre.

Siguen contrastes arquitectónicos esta vez denunciabiles: La Alhambra, La Mezquita, Los Alijares, El Generalife, Torres Bermejas. Al otro lado el «Washington Irving» y «Los siete suelos», dos hoteles «donde anidan las cucarachas que infestan la Alhambra⁴⁰» «dos verrugas de piedra» que los granadinos «debían derribar a cañonazo limpio» (págs. 160-1).

El romance de los nombres: Granada, La Cuesta de los Gómeles, La Torre de la Vela, El Palacete de las Damas, La Mezquita, La Torre de los Picos, la Cuesta de los Muertos, el Darro, el Sacromonte, el Albaicín, La Alhambra y el Zacatín, la Catedral y la Alcaicería.

Se empieza a ver la cruz de Granada: la mendicidad y los mercados, los ingleses, los gitanos, los trogloditas de las cuevas de Purullena, la industria de los burros, el matonismo, el ocio de hidalgos y prebendados, el ocio en toda Granada.

Pero Granada, el sur, sonríe siempre al turista, y el viajero, rico o pobre, es siempre un turista en Granada.

(40) Se refiere a los señores turistas.

Almería. El sol y el mar. El contraste del Mediterráneo y la sierra de Gador. Empieza a verse menos el camino y el paisaje y más los interiores y los tipos. El relato y la visión de Almería no va mucho más allá de la playa.

Murcia. Desaparece el camino y el paisaje. Tipos y anécdotas. Van pasando Huerca-Overa, Lorca y Totana. Labradores y gitanos. La posada del Laurel en Totana. Un teatro de corral. Una dilatada llanura como paisaje y Murcia a la vista. Tipología abundante.

Alicante. Exuberancia de vegetación, población y calor. Lo árabe. Interiores. Tipos y anécdotas. Sigue sin reaparecer el camino. El viaje se acelera. Aparecen más hombres.

Orihuela, Cox, Albaterra y Elche. Río Segura. Región rica y fértil. El naranjo y la palmera. Arabismo en los pueblos que se suceden sin interrupción. Vida al aire libre: la industria del bolillo y del esparto. Arquitectura exótica y pintoresca. La indumentaria. Los pimientos y las «ñoras». El viajero vuelve a su gusto por la narración anecdótica. No hay camino. ¿Teme acaso la fatiga del lector-caminante?

Valencia. Dice de Valencia que la admiró como es debido. No más. No se ve el camino pero se siente la brisa del mar y la proximidad del Mediterráneo. Lances y peripecias. El viajero trabaja por tercera vez como vendimiador y pisador de uvas. Conversaciones. Referencias librescas.

Sale de Valencia caballero en una mula hacia Castellón.

Tarragona. El camino se acaba definitivamente. Una posada catalana. Especulaciones filológicas y jurídicas. El pueblo de Constantí. El separatismo catalán.

El viajero pasa de prisa. Hay ya una verdadera ansiedad por terminar y llegar. Enumera las ciudades por donde pasa, definiéndolas con algunos rasgos curiosos referentes a su historia o paisaje. Sigue la prisa. Sitges. En balandro hasta Barcelona. Fin del viaje.

CAMINO, RITMO Y PAISAJE

En la primera parte de este viaje que pudiera llamarse con cierta lógica la ida, desde que sale de Madrid hasta que entra en Córdoba, el camino se ve y se anda al mismo compás del paso del viajero, un compás lento, con primeros planos y horizontes que permanecen largo tiempo. Sólo la luz de las horas que pasan cambia el aspecto de las lentamente móviles perspectivas. Se sienten con el viajero el calor, el polvo y la soledad implacables de este camino manchego desarbolado, blanco calcinado y siempre muy lejana una casa o la sombra de un río o la puesta del sol. Cuando llega se siente también el silencio y en él se produce súbita la evocación, el espejismo de la historia, leyenda o romance que tanto carga sobre la tierra.

Paradójicamente ninguna monotonía trasciende a la narración. El ritmo del libro es más vivo y la peripecia más móvil y amena en esta parte, en la que el viajero camina por el páramo, que en el regreso, bordeando la cromática y recortada costa mediterránea.

En la segunda parte, la llegada, se produce continuamente el contraste.

Tres grandes ciudades jalonan el itinerario: Córdoba, Sevilla y Granada. Las ciudades contrastan en sí mismas (urbé y suburbio) y entre sí. Contrastes entre la sierra y el llano; entre la vegetación y el yermo; entre la exuberancia y el desmedro; entre la pobreza y la alegría; entre la tradición y el progreso. Este contraste, curiosamente, produce la armonía y el equilibrio que trascienden al viajero. La alegría, la luz y la ponderación son tres constantes a lo largo del camino.

Las tintas brillantes de algunas páginas referidas a estas ciudades monumentales se atenúan o se ensombrecen en los suburbios y la templada alegría del viajero no rehuye la descripción de algunos episodios sombríos, v. g.: «Luz en las sombras» y «Un círculo dantesco».

La tercera parte, el regreso a Barcelona, a lo largo de una ruta pintoresca cuyo pintoresquismo se acentúa con la anéc-

dota, tiene un paisaje, campo, camino y urbe completamente desdibujados. La marcha es rápida: Almería, Lorca, Elche, Alicante, Jijona, Alcoy, Játiva, Valencia, Sagunto, Castellón, Reus, etc., desfilan en visión cinematográfica, dos o tres rasgos de situación y a veces sólo el nombre. El mar y la brisa entran de vez en cuando en el ámbito del lector. Lentas paradas y rápidos caminos. La narrativa se entretiene en el diálogo, en la digresión o en las conversaciones de los largos altos itinerantes.

Hay en estas tres partes la siguiente correlación:

- a) Ida..... Camino..... Paisaje..... Movimiento lento..... Caminar.
- b) Llegada..... Ciudad..... Arquitectura..... Movimiento disipado..... Callejear.
- c) Regreso..... Personas..... Diálogo..... Movimiento muy rápido..... Paradas.

El ritmo de estas tres partes va pasando por las tres fases: dinámica - contemplativa - reflexiva ⁴¹. Esta contemplación y reflexión caen siempre dentro de un objetivismo, o mejor, de una falta de interiorización de las visiones y aconteceres que pudiera parecer a algún lector indiferencia o cinismo.

A lo largo de toda la peripecia del viaje, la denuncia, los tipos y la anécdota, se suceden más abundantemente que el paisaje. Este del *Lazarillo* es, sin embargo, el más iluminado por los exteriores y la naturaleza.

En las visiones paisajísticas sólo el sol y el aire permanecen importantes sobre la tierra. En este aspecto *Ciro Bayo* tiene más de pájaro que de hombre y, en efecto, parece que describe la tierra que pisa como desde el aire, con una visión diorámica ciertamente teatral. Nunca la contemplación llega a ser reflexión meditativa y recreadora del paisaje, tan frecuente en otros paisajistas del 98. En él es totalmente objetiva y sensorial.

(41) Esta correlación: Ida - Movimiento lento. Paisaje. Regreso - Movimiento rápido - Paradas y diálogos, puede aplicarse al ritmo viajero de los tres libros de *Ciro Bayo*.

Entre las diez o doce leguas que separan Alcolea de Córdoba hay una exposición del camino y del paisaje que pudiera dar una muestra antológica de su manera de hacer paisajística. El color, el olfato, el oído y el tacto, además de la geografía, la arquitectura y aún la historia, son elementos integrantes de esta visión correlativa de la vega, del campo, de la huerta, de los alrededores de la ciudad y de la ciudad misma:

«Desde Alcolea hasta Córdoba es toda una llanada entre el río y las últimas estribaciones de Sierra Morena, y en ella casan admirablemente el rubio de los trigales con el verde tierno de la vides, y el verde sombrío de los olivos con el ocre de la tierra labrantía.

A los flancos se despliegan en apretujados haces pitas y chumberas, aquéllas guardando las lindes con las puntas de sus rudas bayonetas, y las higueras de tierra sirviendo de bardas de huertos y viñedos (...)

De vez en cuando el aire trae una tufarada de fragante azahar de los naranjos y limoneros que se ven tras los tapiales.

De pronto, casi sin perspectiva, aparece un table-ro de casas bajas, muy apiñadas, y señoreando el tendal de tejados y azoteas, un edificio inmenso, sin elevación, sobre el que se destaca la torre cuadrada de la Catedral.

Son Córdoba y su Mezquita» (Págs. 87-88).

Esta sensación física y sensorial del paisaje se ejemplifica aún más intensamente ante el mar, en este caso el rutilante y cálido Mediterráneo:

«Es difícil sustraerse a la especie de atracción magnética que causa en nosotros esa inmensa, móvil llanura deslumbrante de luz y de vida, aunque se la vea desierta. De igual manera que el alma se abisma en lo infinito del mar, parece que el cuerpo quiere lanzarse también en él para gozarse en aquella glo-

rificación de la naturaleza (...) ¡Con qué deleite lo hice! (Pás. 187-9).

La tipología, aunque abundante, no adquiere la densidad que tiene en *El Peregrino*. Los tipos se desdibujan pronto, como si se cruzaran y se alejaran camino adelante.

Muchos de ellos se ofrecen en grupo o colectividad, como los pobres que recogen la comida de los trapenses de Val de San José, o los falsos frailes, pícaros y saludadores del Libro II; los aceituneros; los gitanos bajo los puentes del Guadalquivir en el libro IV; los albéitares de Triana en el V; los aguadores de Antequera y Granada en los libros VI y VII.

Sobresalen en la galería algunos personajes singulares como Juan y Gregoria, mozo de cuerda y periodiquera de Madrid. Dos tipos del señorío del pueblo.

El pícaro polifacético que le acompaña de Madrid a Ciempozuelos. El delincuente honrado y objetor de conciencia de Valdepeñas. D. Gaspar, el maestro sin título que le sirve de cicerone en Sevilla, trasunto de sí mismo (maestro también sin título en el rancho de Tapalqué y en Sucre). El mendigo que se llamaba Robustiano nada más y que murió propiamente de hambre. El aguador de Granada que regalaba el agua que vendía y daba propina. El bandido Ramón de la sierra de Almagrera, cuya agilidad mental era tan extraordinaria como la física. El cura de aldea, segunda realización del cura de *El Peregrino*.

Todos estos personajes se mueven y aparecen en planos secundarios y fugaces. Nunca reaparecen a lo largo del recorrido como sucedía en los otros libros. Solamente el cura que encuentra en una vendimia del campo de Valencia reaparece páginas más adelante en su casa de una aldea sin nombre en la costa de Castellón.

A diferencia también del viaje anterior, el viajero pasa muy poco tiempo con los personajes, unas horas todo lo más. No se producen aquí la convivencia o las largas conversaciones de sobremesa.

Cabe añadir a esta antología de tipos, el retrato etnográfico de alguna región; v. g.: el estudio antropológico del murciano ⁴².

Pero sobre todo hay en este libro un elemento humano de análisis genérico, que converge en cada uno de los tipos singulares que he trazado: este elemento es el pueblo. ¿Quién es el pueblo? ¿Es éste también el país inexplorado de que habla *Ciro Bayo*? ¿Son pues patrimonio de lo que en abstracto llámase pueblo *Juan* ⁴³ y *Gregoria*, el maestro de Sevilla, el mendigo *Robustiano*, el bandido, etc., etc., gentes que simbolizan en sí las virtudes de una nación? De *Juan* dice: «Era de buenas costumbres (...) vivía alegre como un pájaro». Mozo de cuerda por el día y repartidor de un diario durante la noche. De *Gregoria*: «...era una mujer del pueblo que estaba a la sazón pelando patatas, y esto es cuanto puedo decir» (Págs. 14 y 17).

Hay por último otro tipo que merece la pena destacar, y es el propio autor. El viajero *Ciro Bayo* afronta la aventura andariega sin dinero, con una gran elegancia, dando a veces la impresión de un trotamundos descalzo, con sombrero de copa y bastón, con el que delicadamente aparta lo desagradable del camino.

CULTURALISMO

Creo que ya he repetido lo suficiente que la vida que se desarrolla ante sus ojos y las sensaciones físicas tienen en

(42) «...estos mucianos son más moros que andaluces en cuerpo y en alma. El andaluz viene a ser el castellano aclimatado en la tierra del sol con las características de la raza y del medio ambiente. De ahí la noble actitud, rayana en fachendoso énfasis; el limpio decir que llega a los límites de la hipérbole. Algo así como pasó con aquellas vides alemanas que, al ser trasplantadas a España, con la bondad del clima y calidad del terreno, perdió el vino toda la aspereza de su país natal y mejoró mucho sus calidades en delicadeza y gusto.

El murciano es el moro arraigado en España; es moreno de tez, serio, casi taciturno, de pasiones reconcentradas, que estallan tardías pero fulminantes. El vengador de su honra, verbi gracia, es tipo tan castellano como andaluz, pero trasplantado a Murcia es *Otelo*» (Pág. 228).

(43) «Esto me decía como tantos otros para quienes los hijos del pueblo son como habitantes de un país inexplorado. Se cree que la nobleza de corazón, la hidalguía de sentimientos, la generosidad, los rasgos, en fin, son patrimonio de una casta, y no es así». (Pág. 15).

Ciro Bayo a lo largo de sus libros y caminos más importancia que la vida reflexiva y la especulación, referida sobre todo al mundo histórico que tan a menudo le habrá salido al paso.

Es un hecho de notar que esta casi ausencia de lo histórico es una excepción en la temática generacional del 98, que tuvo en sus principales figuras una indudable carga de pasado heroico y glorioso.

Ciudades tan señaladas por la historia como Córdoba, Granada y Sevilla dejan en el viajero una huella sensorial de vida más que de Historia. Son efectos del sol, de la luz, de la gracia de los seres vivos, tanto o más que de la belleza arquitectónica.

Otras como Aranjuez, Manzanares, Ocaña, Torrijos, Guadix, Osuna, Valencia, Játiva, Sagunto y Tarragona no dan lugar a ningún comentario histórico, erudito ni libresco.

Esta actitud un tanto iconoclasta hacia la Historia se hace algunas veces desenfadada y agresiva. Hay un pasaje, camino de Almería, en que refiriéndose a las torres vigías o atalayas romanas y moras, ruinas cargadas de historia y sugerencias dice: «Hago mención de estos detalles porque algunas de estas ruinas fueron mi reparo, y en sus agrietados muros hallé para mi consuelo viejas higueras, cuyo dulce fruto compartí con los pájaros» (Pág. 175).

El campo libresco, pues, se reduce considerablemente en este viaje y las menciones se reparten muy desigualmente. Aparece un campo literario más extenso —12 menciones—, seguido por uno de historia contemporánea y completado por unas menciones a personajes del momento. Un breve campo científico y otro artístico ⁴⁴.

(44) MENCIONES:

<i>Literatura</i>	Pág.	<i>Historia</i>	Pág.
Gil Blas	14	Duque de Lerma	14
R. de la Cruz	22	Carlos III	74
Ricardo de la Vega	22	General Castaños	83
Cámoens	23	Miguel de Mañara	120
Bartrina	29	Duque de Arcos	141
Schiller	93	Duque de Medinaceli	141
Cervantes	56, 108	Duque de Osuna	141
Covarrubias	87		

El conjunto corrobora el estilo sencillo, natural, castizo aunque bien cuidado, ajustándose a la realidad fresca y jugosa que va desfilando ante sus ojos.

ESPAÑA EN CIRO BAYO

Esquematisando, a fin de dar un resumen lo más claro posible del conjunto de los tres viajes, se ven tres aspectos de la realidad nacional: la España de las costumbres, la España artística y la España denunciada. Esta última, indudablemente la más reveladora, acoge aspectos de las otras dos.

LA ESPAÑA DE LAS COSTUMBRES

Los libros están por la naturaleza del género a que pertenecen impregnados de una dosis considerable de tipismo que se va desenvolviendo por ferias y posadas.

Las ferias coinciden generalmente con la fiesta mayor del pueblo. Comienza en el camino y termina en la plaza. Todo el pueblo queda en exposición allí y por ella desfila toda la trashumancia foránea.

La de La Adrada tiene pasajes tan sabrosos como el cursillo que explica un gitano sobre el conocimiento de las mulas (*El peregrino...* pág. 45) o la procesión (*idem.*, págs. 48-49). Sobre vacadas, cabestros y toros, incluye un breve tratado en boca de un vaquerizo de la región. En el relato van intercalados cuadros costumbristas.

En sus andanzas por tierras extremeñas deja ver la importancia que el «cucho» (el cerdo), tiene para todas las gentes.

C. de Villamediana	88, 89	<i>Personajes contemp.</i>	Pág.
Pablo de Céspedes	90	«Guerrita»	77, 171
Heine	91	D. Antonio Miura	130
Hauptman	109	D. F. Romero Robledo	145 - 6
<i>Ciencias</i>	Pág.	<i>Arte</i>	
Froebel	112	Juan de Herrera	90
Linneo	151	Diego Velázquez	90
Plinio	151		

«Dios y el cucho pueden mucho», dice una antigua frase popular. El cerdo, en Extremadura, es la única carne de los pobres y una fuente de ingresos para los ricos. El médico de Madrigal, gran especialista en «cuchos», habla del culto y habitabilidad que se le da en la región, además de otras curiosidades, v. g. de cómo el cerdo fue introducido por los españoles en América, donde era animal desconocido hasta el descubrimiento.

Las ventas, posadas y fondas que describe Ciro Bayo conservan el sabor de siglos pasados, ambientándolas en un abigarramiento de tipos heterogéneos de arrieros, visitantes, caballeros y rufianes. Las de la parte extremeña se llenan de corcheros ampurdaneses que bajan a Extremadura periódicamente a descortezar alcornoques y de segadores gallegos morriñosos y hambrientos que en espera del pote se entretienen cantando su saudade.

El teatro de corral, uno de los espectáculos más populares de España, es descrito por dos veces en los viajes de Ciro Bayo. Las recuas de los títeres hacían sus funciones en los patios de las posadas o al aire libre.

En la posada de Arenas de San Pedro tiene lugar la representación de una farsa⁴⁵ y en la de Totana (Murcia) el propio viajero participó en la representación de *El puñal del godo*⁴⁶. A estas representaciones seguían muchas veces números de prestidigitación y otras suertes amenas.

Otras muchas estampas de modos y costumbres de las regiones van saliendo al paso por los caminos. En Murviedro es la vuelta de las barcas pesqueras, que en verano constituye la fiesta diaria de los pequeños puertos del litoral; el traje típico

(45) «Frente a la posada tocan a dúo un cornetín y tamborilero; en el patio entoldado, se ven sentados en el suelo porción de gente del pueblo, y adosadas a la pared unas gradillas para la gente menuda de las relaciones de Dña. Petra. En el fondo del patio el retablo escénico, velado a la sazón por una cortina roja. Así que ésta se descorre, los músicos callejeros descansan, la concurrencia calla y el espectáculo empieza» («El Peregrino», pág. 153).

(46) «Momentos antes de las seis, hora en que iba a empezar la función, fuimos al teatro, un corral de la posada, al aire libre, sirviendo de patio el limpio suelo apisonado con greda y arena, y de escenario un pequeño terraplén al fondo que había servido de granero o de pajar». («Lazarillo», pág. 224).

de las mozas de El Maestrazgo; el efecto de la copla en la psicología popular; el arreo de las reatas de mulas por las rampas; la recogida de la aceituna; trabajo de los saludadores; mal de ojo, etc.

Los aguadores son tipos simpáticos y pintorescos que gozan de la consideración del viajero. Aparecen en Antequera y en Granada. El de Antequera lleva un burro con dos cántaros de agua ceñidos con muchas flores pequeñas azules y blancas que llaman «caníbaro» (la saxifraga). Esa hierba crece en la famosa fuente del agua y solamente allí. Si la guirnalda está fresca, es señal de haber llegado el aguador a la fuente⁴⁷.

Las cuevas de Purullena y Guádix, esta internacionalmente famosa arquitectura de la España inferior, muestran bien cómo la pobreza de la vida no excluye la alegría de vivirla.

LA ESPAÑA ARTISTICA

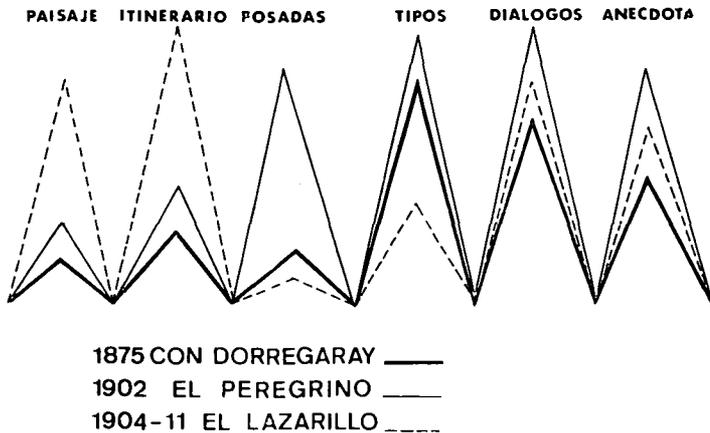
En el viaje por el Maestrazgo de su libro *con Dorregaray* no hay comentario alguno sobre arte salvo el negativo que surge de la contemplación de los restos romanos de Sagunto y el que se refiere a la arquitectura de la Iglesia del Convento de Iglesuela del Cid. A este comentario arquitectónico siguen otros breves sobre las casullas, albas y una tabla del siglo XIV que junto con éstas se encontraba en la sacristía de la Iglesia. Este cuadro representaba el semblante de una Virgen de la escuela italiana prerrafaeliana y al paso se comenta que perteneció a Benedicto XIII, el Papa de Peñíscola. El final de la historia del cuadro es como otras muchas quizá un tanto arbitraria⁴⁸.

Las apreciaciones artísticas de *El Peregrino* se refieren en su mayoría a la arquitectura rural de la región.

El parador de Brunete, simple, limpio, pobre y amplio, se caracteriza por esa sola estancia donde se hace la vida y el trasiego de los caminantes de la mañana a la noche. Las cuerdas y los pajares están contiguos.

(47) «...año, cuando llevaban esta agua, un escribano daba testimonio de la persona, día, mes y año en que se cogía, y después el cura de la iglesia sellaba los cántaros» («Lazarillo», pág. 148).

(48) Lo real y lo imaginado se funden indudablemente en este relato (*Ob. cit.*, págs. 161-162).



El carácter de la tierra va perdiéndose con el progreso que lo mitifica todo. Se pierde con ello el sentido, o más bien el sentimiento de lo regional, de la tierra, de la casa y del hombre. En esas fondas pueblerinas como la de Valdeiglesias aún se puede ser recibido en el portalón por el mozo de mulas que lleva la caballería al abrevadero y al subir la escalera, ya en la balconada, ser recibido por el ama y la maritornes. Entrar en un cuarto enjalbegado donde una cama «como un catafalco» basta para llenarlo. No falta la silla de enea, el palanganero y la mesa de pino, el cabo de vela o el candil y, pegados a la pared, los cromos celestiales alternando con los de los toreros. Los comedores, cerca o contiguos a la cocina, con azulejos policromos en azules, amarillos y ocras, de la tierra talaverana próxima.

La plaza, así como todas, es la plaza de Valdeiglesias. En los pueblos todas las calles, callejas y caminos van a dar a la plaza. Toda la vida del pueblo pasa por allí. Con sólo ver la plaza se le puede juzgar y conocer. Son como los claustros soleados de ese edificio comunal que es el pueblo. Silenciosa o bullanguera según los días o las horas. Uno se siente en ellas a gusto, recogido, albergado y nunca encerrado. Es una edificación que apenas ha cambiado su fisonomía esencial y a través de los siglos, nacida del sentido de la comunicación y de

la convivencia. Cualquiera que sean sus características accidentales, la plaza del pueblo, la plaza, por antonomasia, alberga el Ayuntamiento y generalmente la Iglesia.

Muchas veces, como en este caso de Valdeiglesias, no es la Iglesia lo que merece la pena ver si no la sacristía: «El sacristán abrió una puerta y entramos en una sala colmada de bártulos y de objetos de culto. Allí sillones, mesas, aras y retablos; allí andas, peanas, ciriales y arañas de todos los estilos, e imágenes de arcilla, de madera, vetustas, llenas de polvo» (Pág. 36).

La casa del cura de Mijares ya en la serranía de Gredos es bastante común en esta región. Una casa de hidalga apariencia, en la que los caracteres dominantes tanto en las fachadas como en los interiores son la sencillez y la dignidad: «Un edificio vetusto, de lienzos de tapial con machones de adobes y el tejado en ángulo con el alero volado para resguardar el balconaje del sol y de la lluvia. Sobre la cumbre, la flecha de una giraldilla rematada en cruz.

Todas las vistas de la fachada eran dos balcones con barandas y balaustres de nogal. Uno de aquellos, el de la derecha, sobresalía en mirador, a modo de glorietta, entretejido de madreselvas y jazmines...» (sigue la descripción pág. 98).

En Arenas de San Pedro describe la casa del hidalgo D. Braulio Corvalán, casa-fortaleza que se ve con alguna frecuencia por lugares fronterizos: «Un caserón con cubos salientes en los dos ángulos, cuya vetusta arquitectura daba a entender que otrora fue aquello un baluarte o alcazaba del pueblo. Encuadradas sobre el antiguo patio de armas corrían las galerías del plano superior con unos arcos tapiados y otros resguardados por esterillas y persianas» (Págs. 129-130).

La casa del pintor de Cuacos que describe detalladamente entra en mucha proporción en la idea de lo que Ciro Bayo consideraba una casa modelo para la salud del cuerpo y del espíritu. Es posiblemente el patrón acariciado en la imaginación del autor. Una vivienda alegre y aldeana⁴⁹. Hemos de

(49) Abunda la descripción en las págs. 214-215 de la Ob. cit.

pensar que siempre fue inclinado —y así lo revela su obra—, a escribir extraños tratados de medicina popular.

En el tercer viaje de *Lazarillo español*, donde por su ruta ampliamente artística pudiera darse un balance considerablemente positivo, las impresiones puramente sensoriales se imponen a las referencias culturalistas y librescas.

Es evidente que Ciro Bayo no estaba impuesto en cuestiones de arte como otros compañeros de generación, es evidente también que su sola sensibilidad suplía estas lagunas y así al atravesar ciudades como Córdoba, Sevilla, Granada, etc., las páginas elaboradas por el viajero dan vivencias más que datos, o mejor muchas vivencias y ningún dato.

De Córdoba, «la visité a mi sabor» —dice—. A la arquitectura se unen, la naturaleza, los caballos y las mujeres. Todos estos factores forman parte de la soberanía estética de Córdoba.

En Sevilla los tesoros arquitectónicos «están juntos como los dientes de una piña», pero se necesita mucho tiempo para verlos» (Pág. 109). El pagó su pesetilla, como un señor, para ver el Alcázar, La Lonja, La Catedral y trepar a La Giralda. En dos días «se dio maña» para ver lo más saliente.

En Granada pasa algo muy semejante. Hay un saboreo sensorial del arte, del paisaje, del ambiente, de los nombres y sobre todo de la vida que corresponde no tanto a la piedra y a la historia como a la tierra.

La geografía central de España es pródiga en bastiones feudales, moros o cristianos, y casi parece extraño que Ciro Bayo haga solamente mención de uno en *El Peregrino...*, el castillo de La Adrada, «donde es fama que estuvo preso por última vez el Condestable Don Alvaro de Luna»⁵⁰. Las ruinas de un castillo sobre un altozano son siempre una imagen sorprendente y familiar a la vez.

(50) Hay un error en la apreciación de Ciro Bayo. A D. Alvaro de Luna, ya preso en Burgos, se le trasladó a Portiello, donde comenzó la instrucción del proceso. Fue condenado a muerte. Se le trasladó a Valladolid y fue conducido al cadalso.

Ciro Bayo no va más allá de la descripción externa de las ruinas, soledad y abandono⁵¹. Ahuyenta los malos pensamientos y duerme a la sombra del paredón derruido de La Adrada, «dándose a soñar, de cara al cielo, en castellanas, trovadores y barones feudales». A pesar de la aparente despreocupación y como puede deducirse de la descripción detallada en la nota a pie de página, la trascendencia de Unamuno, Azorín y Bello no queda lejos.

LA ESPAÑA DENUNCIABLE

A primera vista, la España de Ciro Bayo parece mostrarse bajo un aspecto intrascendente y placentero, pero una lectura atenta y meditada nos advierte de la sutileza con que va exponiendo los problemas más serios del país.

Su crítica no tiene, sin embargo, la amargura, el desgarramiento o el patetismo de otros coetáneos generacionistas. Su visión es quizá más sanchopancesca en el sentido ecuánime y ponderado de la palabra. Le gusta primero la buena cama, la buena mesa, la agradable charla —después de haberse sacudido el polvo del camino, que bien pudieran ser los deprimentes panoramas—, y luego, durante la charla, comentar y denunciar al paso sólo lo que ve, sin ahondar demasiado, fría y cerebralmente, tolerante y sin comprometerse a nada que pueda coartar su preciosa libertad. Hay un temor de crearse problemas o complicaciones de tipo ideológico, político o social y creo que sea en verdad más temor que indiferencia, y un temor naturalmente de tipo moral que le pueda llevar de algún modo a perder su independencia.

La denuncia y la crítica van creciendo a medida que avanza el camino, pero nunca llegan al color negro. Diluido en una

(51) «Derruidas las murallas, que eran su corona y cegados los fosos que formaban su cinturón, lo único que ofrecen a la contemplación del viajero es la torre del homenaje, ennegrecida por el tiempo, las barbicanas con las saeteras tapadas por herbajos y nidales de rapiña, y el patio de armas, asilo predilecto de mendigos y gitanos por el aljibe, de que casi siempre está provisto.

Por no ser menos, el patio del castillo de La Adrada sirve de cárcel. Queda libre, sin embargo, un buen trozo de explanada, triste y solitario como cementerio abandonado, adonde acuden a sestar los pastores y el ganado». (Pág. 50 de *El Peregrino*).

lejanía histórica da a lo sumo el color gris de la indiferencia. No hay anticlericalismo, ni política, ni lucha de clases.

Los contextos científicos, literarios, artísticos, filosóficos, sociológicos, etc., no pasan de la mera divulgación y casi siempre en boca de los personajes que salen al paso, trotamundos como él o señores de pueblo (desdoblamientos del propio autor en algunos casos). La denuncia surge muchas veces sentados ante un buen yantar. Tiene la apariencia de problemas ajenos. El problema está a veces en la costumbre, en el costumbrismo, en situaciones tradicionales e incluso aspectos humorísticos que atenúan su crudeza y realidad.

En la época en que *Ciro Bayo* comienza a salir al camino, —año de 1875—, España sufría dos guerras civiles que la desangraban: la carlista y la de Cuba. La patria era en efecto un río revuelto y rojizo, pero —y esta es la frase más denunciadora—, «a todos se les veía contentos». «En suma que aunque parezca extraño a economistas y pacifistas, la gente estaba bien avenida con la guerra, y aunque sea repetirme, muchos la miraban bien, así como una corrida de toros, cuanto más sangrienta mejor». Y al final añade: «Lo que sí se aprendía era mucha geografía patria» (con *Dorregaray*, pág. 16).

¿Indiferencia? ¿Sarcasmo? ¿Humor o mal humor?

Las diatribas más frecuentes son contra la ignorancia y la insensibilidad artísticas.

En Murviedro, nombre de la antigua Sagunto y de la que apenas quedaban vestigios, porque a decir de *Ciro Bayo* «*quod non fecerunt barbari, fecerunt Barbarini*»⁵², contempla el mal aprovechamiento de muy nobles piedras y expresa a continuación con estos versos de Argensola su situación actual de ciudad monumental e histórica:

«Con mármoles de nobles inscripciones,
teatro un tiempo y aras, en Segunto,
fabrican hoy tabernas y mesones».

(52) Pág. 21. Así figura en la primera edición de 1912 y en la reciente de 1974. *Ciro Bayo* hace alusión al cardenal Francisco Antonio Barbarini al que se acusaba de haber sacado piedra del anfiteatro Flavio para construir su palacio.

Las ventas y chalaneos entre sacristías y chamarileros extranjeros. Destrucción o corrupción de tesoros artísticos.

La codicia y falta de honradez de posaderos y venteros. El matonismo. Donde hay una posada, venta o mesón hay un matón o dos. Varios había en la posada de Segorbe, donde en principio quisieron linchar al adolescente Ciro.

El hecho de ser persona decente, limpia y bien trajeada, aumentaba el precio del hospedaje. Era así cómo la falta de honradez de venteros y mesoneros, las inclemencias del clima en las serranías, el mal estado de los caminos que llaman reales y de las carreteras, hendidos y destrozados todos por la forma de arrancar y subir las reatas de mulas, hacían de cualquier viaje un verdadero peregrinaje.

El vagabundaje español, ancestral y atávico nomadismo nacido de la pobreza de todo tipo de innumerables españoles que con trabajos e industrias viven sin trabajar. Toda la gama de gitanos, chulos y pícaros, incluyendo la autoridad.

La sacralización de la pobreza vagabunda y no vagabunda, la supuesta santidad del pobre, la concesión de prerrogativas para ser y mantenerle pobre, las cartas de socorro, cofradías, las sopas de los conventos, el mito del peregrino, etc., etc.

El analfabetismo y aislamiento de los pueblos de España que hacen posible el episodio del inocente Scherer, cazador de insectos, a quien toman por anarquista peligroso⁵³.

El dramático espectáculo de las escuelas rurales. El maestro condenado a la miseria pierde la dignidad de su profesión. Se aprovechan sitios inmundos para escuelas, v. g. el que no ha servido para cuadra. A veces cohabitan los niños con las bestias, turnándose el disfrute del alojamiento. Otras veces comparten edificios públicos con presidiarios, cadáveres, reses muertas o sementales⁵⁴.

(53) *El Peregrino*, pág. 97.

(54) De la Memoria del Conde de Romanones en la que se resume la información sobre la Primera Enseñanza en 1910, transcribe: «Más de 10.000 escuelas están en locales alquilados, y, de ellos, muchos carecen de condiciones higiénicas. Hay escuelas confundidas con los Hospitales, con los cementerios, con los mataderos, con las cuadras. Hay escuela que sirve de entrada a un cementerio y los cadá-

Aparte el problema de la miseria del maestro y del alojamiento, los padres se llevan a los niños a las faenas del campo en primavera y verano, y el alcalde se lleva al maestro a copiar actas electorales en otras épocas. El niño muchas veces no llegaba a aprender a leer. Igual que al maestro, le pasa al cura. Los padres entre que sus hijos ganen el pan o el cielo, optan por lo primero.

Sobre los males del campo, el poco aprovechamiento de los ríos, el celestial sistema de riegos que arruinaba los campos —unas veces por sequía y otras por inundación—, se extiende considerando la riqueza truchera y agrícola que se pierde en el Tiétar a su paso por Mijares, Pedro Bernardo y Arenas de San Pedro. La rogativa o «sacar el santo» era la máxima iniciativa⁵⁵.

Sobre el rústico y arcaico sistema de labranza con arados de orejas que sólo arañan la tierra. Se consuelan de la ineficacia del procedimiento con una providencia compensadora. La siega se hace también por procedimientos rudimentarios, son muchas las espigas maduras que se derraman; como el arado no las arranca, crecen naturalmente y dan nueva cosecha sin sementera. Este cultivo casi prerromano de la tierra perdió dos plantas: el lino y la morera y ganó otras dos: el maíz y la patata, traídas de América.

La trilla se hace igualmente por procedimientos ancestrales. Un aguacero fuerte puede destruir el grano de toda una cosecha. Los que pueden y deben ayudar e instruir se quedan en intrigas y cacicazgos. La falta de educación cívica y, por

veres son depositados en la mesa del profesor, antes del sepelio, para entonar los últimos responso. Otra también en la que no pueden entrar los niños hasta que no sacan las bestias que van a pastar. Las hay tan reducidas, que apenas hace calor se producen en los muchachos desvanecimientos por escasez de aire y ventilación. Hay escuela que es depósito de estiércol en fermentación, y se le ocurre a alguna autoridad local decir que, de esta suerte, están los niños más calientes en invierno. Una escuela de Cataluña convive con la cárcel. Otra, andaluza, se convierte en toril cuando en el pueblo hay capeas» (*El Peregrino*, pág. 95).

(55) «Estos aldeanos ni saben regar más que de las cuatro maneras que decía su gran paisana Santa Teresa: o con sacar agua de un pozo (o en noria y arcaduces), de un río o un arroyo o con llover mucho, que a dicho de la Santa: «Lo riega el Señor sin trabajo alguno nuestro y es muy sin comparación mejor que todo lo que queda dicho». Hablando en cristiano es mucha verdad, pero a Dios rogando y con el mazo dando» (*El Peregrino*, pág. 91).

consiguiente, política de las gentes rurales les hace agarrarse antes a un partido que a un derecho político.

Referente a los latifundios y al absentismo ve en cada paisaje de España un panorama social que lo desvirtúa y lo entenebrece, tanto en lo que se refiere a las regiones frondosas de montaña como a los llanos mesetarios.

Del fanatismo religioso, de la superstición y los saludadores, del *tabú* de la Iglesia y del sacerdote, del inmovilismo a ultranza, ¿qué quedaba aún a principios de siglo por estos viejos pueblos de Castilla y Extremadura? La espantable religión de *los penitentes* v. g. perduraba aún en los albores del siglo XX⁵⁶. La fe en la superstición y las curanderías no estaba sólo entre la gente del pueblo simple e inculta sino entre personas de otros alcances y llegaba a sorprender por su fantasía⁵⁷.

Ciro Bayo duda de la erradicación de estos males históricos en los que se ve la sombra de un Santo Tribunal⁵⁸.

Las personalidades de nuestros grandes del siglo de Oro Garcilaso, Quevedo y Cervantes nunca se desarrollaron plenamente, la censura a sus escritos hizo que no se produjeran en su totalidad, hay «algo indefinible, algo así como un matiz grisáceo que entenebrece sus obras»⁵⁹.

(56) Hoy día sólo se tienen noticias de algunos reductos por Andalucía, pero curiosamente he podido comprobar durante mi estancia en Norteamérica en el año 1970, cómo perduraba con fuerza en algunas aldeas hispanas de Nuevo Méjico, donde el espectáculo de los penitentes se presenta con la misma autenticidad que en el XVI español. Hay veces que el penitente que representa la figura de Cristo es crucificado realmente. En una ocasión y por causas imprevistas el penitente murió en la cruz. La autoridad del Estado nunca pudo averiguar el paradero del cuerpo.

(57) «La gente del campo, entre la lanceta del médico y el aliento del saludador, opta por lo último. Igual pasa con la vacuna de Jenner, creen que vacunando a los niños de teta, éstos llegan a criar cuernos o balar como terneros».

(58) D. Quijote se dejó llamar Dorj Tonto por un clérigo y «unque se sulfura y tiembla de ira, todo se le va en ustilezas y vana palabrería». (Pág. 235 de *El peregrino*).

(59) «El tizón de la censura es la antorcha siniestra que preside el parto de los ingenios españoles y quien les inspira la fórmula aquélla entre altanera y quejumbrosa: «Con caridad y suficiencia» mediante la cual impetran la aprobación de sus libros (...) Con este pie forzado Cervantes escribió su Don Quijote. Por cierto que es donosa su manera de tocar en este libro el asunto de la expulsión de los moriscos. ¿Recuerda Ud. la ironía con que se reprueba y se pide al mismo tiempo la libertad de conciencia? (Pág. 237 de *El peregrino*).

Es proverbial que cuando el español no puede protestar, hace lo grotesco, la caricatura, el esperpento, el humor negro, el donaire, el chiste. ¿Responde a esta protesta la actitud crítica de Ciro Bayo, aparentemente superficial y escapista?

En este campo histórico un tanto aséptico en que se mueve hace una dura crítica del Emperador Carlos I de España. El que para Unamuno fue casi un mito cae aquí hecho pedazos. Cree que Carlos de Austria estaba muy lejos de España a quien empobreció e incomprendió. España era para él solamente su gallina de los huevos de oro de las Indias. Cerrado, fanático e intolerable en sus ideas religiosas, pasó sin enterarse de los dos grandes movimientos religiosos de su época: La Reforma y la Reconquista católica de Loyola.

Amante, dice, hasta el pecado de la cerveza, las mujeres y la buena mesa trajo a Yuste una corte de cocineros, aunque a las mujeres «no las catara en Yuste». «Trájose también la reliquia de uno de sus amoríos: el hijo natural de la Blomberg, que aposentó en Cuacos, haciéndole pasar por cosa del mayordomo Quesada» (*El Peregrino*, pág. 183).

El idioma es otra de las preocupaciones nacionales de Ciro Bayo. «Me incomoda oír hablar con desaliño —dice—. Pasen las concordancias vizcaínas y los barbarismo provinciales que, al fin, son faltas de construcción o de dicción que saltan a la vista; pero no el castellano traducido, o sea, palabras adobadas a la catalana o a la francesa, que vienen a ser puñaladas traperas al idioma, porque nadie las advierte» (*El Peregrino*, pág. 186). Cultivador de un estilo cuidado, elegante y tradicional, no podía menos de dejarse impresionar tanto por lo que llama «puñaladas traperas» como por el castellano «rico como el oro y sonoro como la plata» (*El peregrino*, pág. 42) de los lugareños de Avila.

Después de este panorama denunciatorio voy a volver circularmente, como el viajero, al punto de partida, al enclave histórico y sociológico de todo el país; me refiero a Madrid.

Madrid es en la madurez de los hombres del 98 un horizonte inmediato que ha dado una visión unánime y coincidente. Es lógico. El suburbio de Madrid en su parte más degra-

dada ha sido campo de batalla de casi todos ellos.

Ciro Bayo, tanto en *El Peregrino*, como en *Lazarillo* emprende el viaje caminando por el suburbio: en el primero por la Puente Segoviana, en el segundo, por el Puente de Toledo y vuelve a Madrid casi por los mismos accesos. La visión no es precisamente halagüeña. El Madrid barriobajero atufa y deprime el ánimo dispuesto a una gozosa salida a la naturaleza. Las riberas del Manzanares, El Campamento, Carabanchel, están allí acusando desgarradamente a la Casa de Campo y al Palacio Nacional. El viajero camina por unas vías híbridas entre callejas y carreteras, donde entre vertedero y vertedero se asientan chozas, tejares, tabernas, aduares y asilos de vagabundos y gentes de la busca.

Por este evacuadero de la urbe asoma a retazos un campo triste y corrompido donde «los rábadanes tiene aire de chulo y los gañanes parecen obreros de fábrica». A este panorama siguen más campos sin cultivos y más dehesas sin pastos. Si se vuelve la cara hacia Madrid, la visión cambia. Ve erguirse el palacio nacional «albo y magnífico».

Una de las actitudes más constantes del viajero en esta aventura andariega es la del equilibrio. Hay medida y ponderación en todo: en comer, andar, dormir, trabajar y gozar. De sol a sol vive. De sol a sol, duerme. Penalidades, trabajos, incertidumbres, soledades, etc., son sufridas sin queja, sin alteración e incluso con humor. Así lo demuestra cuando en Manzanares lo encarcelan sin saber por qué. Cuando ha de trabajar en oficios desconocidos: aceitunero, herbolario, vendimiador y cuando, en fin, a lo largo del camino, contempla las injusticias de los hombres.

Una actitud tan ponderada tiene que desembocar forzosamente en una actitud crítica y denunciadora del mismo temple, como así es en efecto.

A este respecto traigo aquí el contradictorio juicio de Ramón María Tenreiro que en 1911, poco después de publicarse *Lazarillo español*, comentaba:

«Su peregrino es un muchacho sano, estoico, bonachón que no viaja como agudo sociólogo, ni menos como filósofo lacrimoso (...) No tiene jamás palabras para quejarse de sus sufrimientos, de la dureza y crueldad de las cosas y de los hombres. No menciona sino graciosos pasos, (algunos harto pueriles, pero verosímiles otros); todas las gentes con quien topa son buenas.

Criatura tan envidiablemente calibrada, de su larguísimo baño en la fresca realidad española, ¿qué podría traernos sino unos cuantos episodios humorísticos? Apenas ha visto nada de la cruel miseria que ahoga a gentes y tierras, pero aunque la hubiera visto, ¿no se habría reído de la estrechez ajena el mendigo feliz que se regodea en la suya propia? Decididamente hay algo de insensibilidad en todo optimismo. Y por culpa de esa desventurada condición feliz, este libro que podría haber sido espejo de nuestra podre nacional, lleno de dolor y enseñanzas, queda reducido a un volumen más, de anécdotas amenas»⁶⁰.

El juicio de Tenreiro es extremoso y equivocado.

En primer lugar, porque a lo largo del libro, Ciro Bayo repudia y denuncia toda esa «podre nacional» a que alude Tenreiro y no como episodios anecdóticos sino trágicos o, aún más, trágico-cómicos, para darse cuenta de lo cual basta sólo leer el libro.

Es tal y tan amplio el panorama denunciatorio de Ciro Bayo que aún muy esquematizado arroja este balance:

El Libro I, «La casa de vecindad» es un lóbrego cuadro denunciador del hacinamiento, suciedad, pobreza y desesperanza de los cuartelones de vecindad madrileños, verdaderas colmenas humanas, «casas de tócame Roque» —dice Ciro Bayo—, y no son menos trágicos con este nombre, verdaderos

(60) Ramón María Tenreiro, *Lazarillo español*, de Ciro Bayo (La Lectura, Madrid, tomo III, 1911. Págs. 451-453).

infiernos, uno de los cuales habita en la Cuesta de San Vicente el propio Ciro.

La mendicidad en la villa y corte: Las famosas «cartas de viaje⁶¹» que en Madrid eran prácticamente inútiles ya que era tal la cantidad de pobres andantes que salían por la provincia que los ayuntamientos agotaban rápidamente sus fondos.

El Libro II ofrece un panorama de falsos frailes, pícaros y «saludadores», que explotan la buena fe, ignorancia y atraso del pueblo, por incuria y abandono de quien compete.

El barbarismo, por aislamiento, de los pueblos de La Mancha de Ciudad Real en el Libro III.

Libro IV: La escasa dimensión del sentido religioso y divino, v. g.: el nombramiento de Capitana Generala del Ejército a la Virgen de la Zomeca, «por obra y gracia del General Castaños...».

Los «maestros sin título» y sin nada. La ciudad de Sevilla cerrada a los mendigos⁶². Los monstruosos Refugios de Caridad (la casa de Mañara). El chabolismo. En este Libro V las sombras se acentúan en torno a los barrios bajos de Sevilla, donde el episodio titulado «Un círculo dantesco» (pág. 134) sobrepasa a la mayor desesperanza y protesta beckettiana.

¿Qué, si después de esto hay un giro de 180° y el viajero sigue su camino al aire y al sol?

Más adelante será el latifundio, el paro obrero, la gitane-ría, el covachismo, el bandidaje de las serranías, el mal de ojo, la corrupción del idioma y de la ya aburrida clase ociosa de principios de siglo.

El optimismo que se respira en el libro, y que tanto daño hace a Tenreiro, proviene naturalmente del aire libre y del

(61) «Un volante que dan en el Gobierno Civil a la presentación de un papel sellado de diez céntimos y la cédula, solicitando ayuda de viaje para trasladarse». (Pág. 72).

(62) «Pasarían por todo [los sevillanos], porque a generosos no les gana nadie, pero han tenido que sentirse feroces, porque los extranjeros se quejaban de las macas y lacras de la miseria pública y escaseaban sus visitas a la ciudad. Algo parecido aconteció en Málaga». (Pág. 114).

talante del propio autor que opta, entre el mal y el buen humor, por este último.

Y ahí quedan sus palabras cuando invita al lector a acompañarle «pues aprenderás conmigo muchas cosas de la España vieja y de la España nueva (...) Ciertamente que se pasan fatigas e incomodidades pero ellas se reducen a cero al fin de la jornada, si uno sabe revestirse de ánimo y se acostumbra a ver las cosas por el lado alegre. De otra manera se fatiga el cuerpo inútilmente y se aplana el espíritu».

JOSEFINA ROJO OVIES